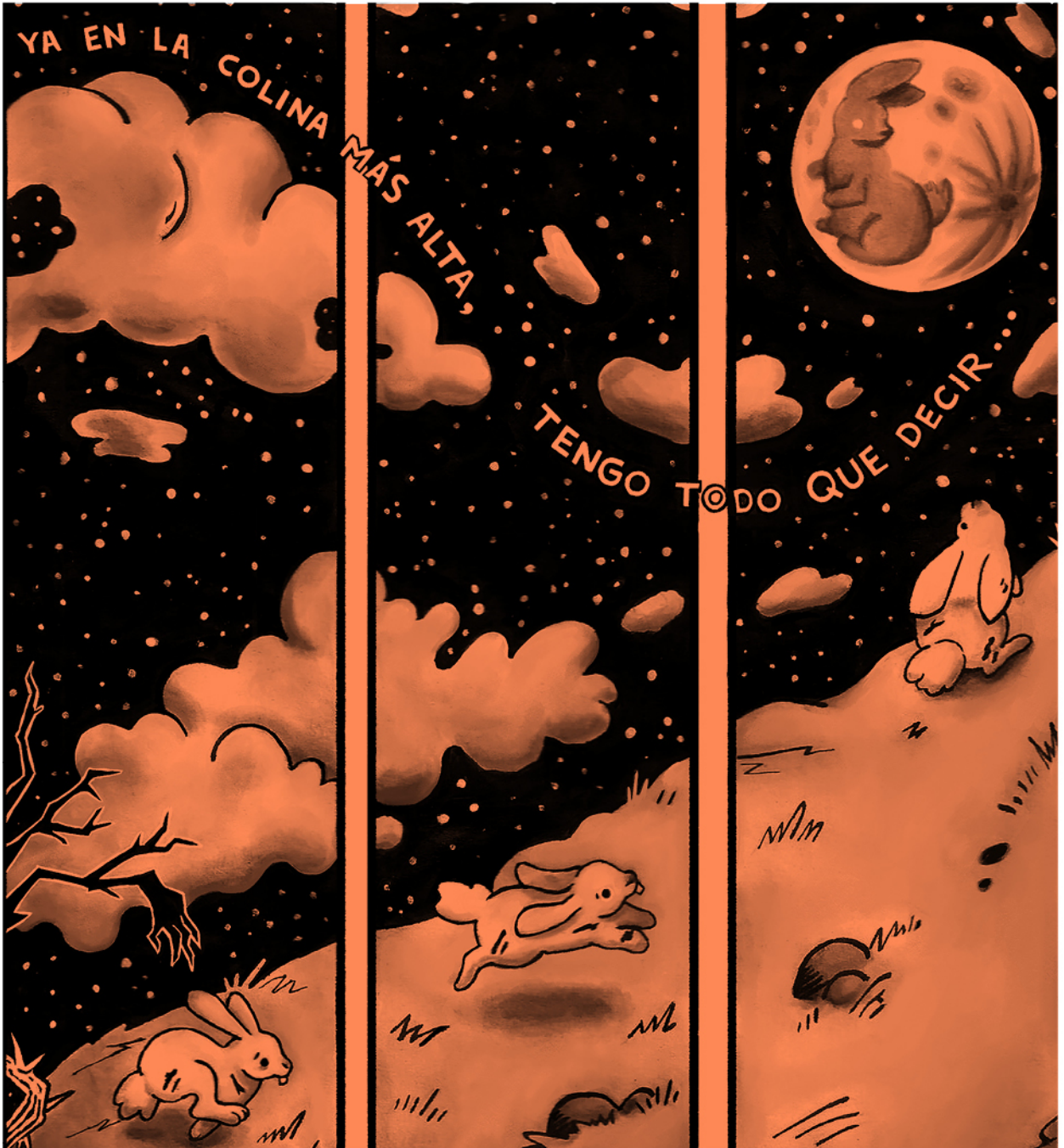


# ● punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#253



SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2025 • ISSN: 0188-381X

## Otras vidas



# punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

253



## 6

### EDITORIAL

#### PREMIOS CONCURSO 56

8 *Elio*  
Leonardo  
Gutiérrez Arellano

30 *Cuando llegaron  
las simetrías*  
Emma Vamarí

13 *Llamada entrante*  
Izel Shamaní

35 *Neurópolis*  
Darío González  
Rodríguez

#### FOTOGRAFÍA

19 *Nafragios del  
mar de Cortés*  
Jerónimo  
Palomares Galván

40 *Manual de  
existencia*  
Elieser  
Botello Gómez

25 *Toda familia es el  
inicio de un viaje*  
Sebastián  
Barriga González

42 *Sobre la necesidad  
de la quietud*  
Alexis  
Ortega-Méndez



43

*Caballo,  
candela, ceniza*  
Xóchitl Tavera

50

*Anatomía de  
una cama*  
Casandra Gómez

#### GRÁFICA

56

*Cursiva*  
Verónica Mejía

62

*Adultos chiquitos*  
Oscar Rodrigo  
Ramírez

66

*El demonio y  
la charanda*  
Ángel Rodríguez  
Soto

73

*Crónica de  
una navidad en  
aguas negras*  
Félix Villalobos

#### NARRATIVA GRÁFICA

81

*Luna de octubre*  
Fátima Sánchez  
Orantes

87

*Pesca*  
Jazmín Alejandra  
Sánchez García



93

#### RESULTADOS



## UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

**Rector**

Rosa Beltrán

**Coordinadora de Difusión Cultural**

Julia Santibáñez

**Directora de Literatura y Fomento  
a la Lectura**

## PUNTO DE PARTIDA

**Dirección:** Carmina Estrada

**Edición:** Aranzazú Blázquez Menes

**Diseño y dirección de arte:** Anilú Zavala

**Impresión en offset:** Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1,  
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad de México, 09810.

*Punto de partida*, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa  
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

[puntodepartida.unam.mx](http://puntodepartida.unam.mx)

[puntoenlinea.unam.mx](http://puntoenlinea.unam.mx)

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

[puntodepartidaunam@gmail.com](mailto:puntodepartidaunam@gmail.com)

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. *Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102. Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

 [Puntodepartidaunam](https://www.facebook.com/Puntodepartidaunam)

 [P\\_departidaunam](https://twitter.com/P_departidaunam)

 [puntodepartida\\_unam](https://www.instagram.com/puntodepartida_unam)

# Otras vidas



**E**sta edición 56 del Concurso de Punto de Partida nos sorprendió, en el mejor de los sentidos, con una gran cantidad de ganadores provenientes de distintos estados del país. Lo celebramos porque da cuenta de que la relevancia de este espacio literario y gráfico sigue creciendo. Un hecho que depende no sólo de la difusión y el trabajo editorial, sino también de nuestra comunidad lectora y de quienes eligen esta revista para dar a conocer su escritura y su obra visual. Como cada año, buscamos entre los trabajos ganadores un denominador común para dar nombre a la edición que los reúne. En esta ocasión el tono oscila entre varias formas de la pérdida: de sentido, de vida, de identidad, o bien como ausencia y destrucción; situaciones que arrojan, inevitablemente, a los cambios, a la transformación y, de una u otra forma, a vivir **otras vidas**.

Ejemplo de ello son los textos ganadores de cuento, ambos historias de duelo. “Elio” es una narrativa impecable teñida de un terror inesperado, y “Llamada entrante” explora el sentido de la familia con un tono que se desborda de angustia. Si la fotografía es uno de los lugares por excelencia de la nostalgia, las dos series que aquí compartimos la evocan con lenguajes visuales casi opuestos: “Naufragios del mar de Cortés” con planos limpios y contrastes fuertes, y “Toda familia es el inicio de un viaje” con un juego de doble exposición que insinúa una lectura laberíntica entre personajes y espacios.

La búsqueda de un algo otro, alguna revelación quizá, también se hace presente en los dos trabajos premiados de poesía. “Cuando llegaron las simetrías”, a decir del jurado, construye una

“épica doméstica e iconoclasta”, y “Neurópolis” pregunta desde una tecno-utopía por lo que somos a partir de lo que dejamos de ser. El primer premio en la categoría minificción continúa la metáfora tecnológica, pero con un giro nihilista en “Manual de existencia”. Y el segundo, “Sobre la necesidad de la quietud”, dibuja un enigma circular entre la emergencia y la parálisis. La evocación del fuego también está presente en el ensayo ganador del primer premio: “Caballo, candela, ceniza”, sobre la indocilidad de las llamas y lo que transforman irremediamente. Y en el sentido del cambio, el segundo premio, “Anatomía de una cama”, reflexiona en torno a los colchones como espacios de vacío, descanso o enfermedad, pero también como espacios fecundos para la escritura.

En gráfica el cuerpo es el centro: “Cursiva” construye un imaginario metafísico con trazos suaves y, al contrario, “Adultos chiquitos” es una serie de escenarios de encuentro a través de un estilo más bien cargado y contundente.

El primer premio en crónica fue para “El demonio y la charanda”, sobre la transmisión generacional de la talla de máscaras en Michoacán y el riesgo que corre a cuenta de la migración, la violencia y la precarización. Un texto que acompañamos con dos linograbados de Rosalío García, artista de la región. El segundo fue para “Crónica de una navidad en aguas negras”, que trae a cuenta la lucha de una comunidad contra la corrupción. Cerramos con narrativa gráfica, donde ambas ganadoras construyen una atmósfera de anhelo: “Luna de octubre” motivada por la admiración hacia el astro, y “Azul”, el final imaginario de una anécdota real.

Nuestras felicitaciones a cada una de las personas premiadas. Que este reconocimiento las siga impulsando a trabajar su estilo y a seguir creando. 📍

**Aranzazú Blázquez Menes**

# Elio

Leonardo Gutiérrez Arellano

Estoy tendida aquí, a mitad de mi cuerpo. Me separan del fuego unos cuantos pasos que no soy capaz de emprender. Tullida entre la carne, lo miro. Él, pleno de dientes, mordisquea con calma. Nunca su hocico había alcanzado esa extensión, nunca su tráquea engullido como en esta noche. Roe sin prisas, con la parsimonia del agua que se destila sobre una piedra. Tras las llamas —hinchidas de centellas, de breves sobresaltos— alcanzo a ver cómo encandece su pelaje. Es hermoso. Hermosa su mirada ambarina y hermosa también la curvatura de su lomo. La sangre se le escurre por el cuello hasta asentarse sobre el lodo que sus garras remueven entre cada contorsión. Quisiera acompañar sus mordidas. Pero sólo puedo mirarlo desde acá.

Lo encontramos poco después de que Elio terminó de agonizar. Acaso eso —el fallecer constante, sin acabar de hacerlo— fue lo único de lo que se ocupó durante su paso de mi vientre a la tumba. Cansados todos de vagar por hospitales y consultorios, su muerte llegó a la casa como el final de un trámite morbosos. Una burocracia lúgubre que necesitó de cinco años para darse por terminada del mismo modo en el que empezó: encima de la apatía metálica de una camilla. Lo parí entre contracciones que no recuerdo. Mi memoria conserva apenas la convulsión febril, la sensación intensa (quizá impostada tras el paso de los años) de que en mi interior se había gestado un producto inconcluso, a medio camino de ser él mismo. Un muñequito de arcilla húmeda, lábil, intangible casi, carente de los contornos que hacen falta para decir con certeza: esto de aquí es un cuerpo.

Los doctores tardaron horas en entregarme a Elio. A mí me movía las tripas, quieta sobre mi columna serpenteante, un recelo triste. Daniel sostuvo mi mano durante la espera, lleno de una ternura ingenua que no me dedicaría otra vez. No volvió a mirarme con amor en el ceño, no al menos desde que el doctor entró a la habitación cargando a nuestro hijo, acurrucándolo con las reservas de alguien que transporta cristal. El hombre no gastó más tiempo del necesario: preguntó quién de los dos tenía Marfan. Daniel y yo nos miramos, más extrañados por la gramática de la pregunta que por el signo mortal que venía impregnado en aquel

apellido. Marfan, repitió, mientras elevaba al niño como quien acusa un delito con evidencia en mano.

Elio tenía la carne cóncava. No me alarmó que fuera tan delgado —todos en mi familia lo hemos sido— sino la precaria forma en que sus extremidades se alargaban desde el tórax, como cayendo de él, a punto de desprenderse. Era un bebé normal en la mínima medida que lo son todos: frágil, endeble, ligero. El espanto ante su cuerpo brotaba al llegar al pecho. Ahí, donde debían apretarse filas de costillas, concatenadas como los ladrillos con los que se alza una pared, había un hueco. Una orilla donde debió haber estado el centro. Por un momento, Daniel y yo observamos la cuenca que nuestro hijo tenía por esternón esperando que ese contorno fuese reversible, como ocurre con una fontanela abollada. Creímos, ante el desdén del doctor, que bastaría el paso por una incubadora para que el niño se hinchara y nos fuera entregado por las enfermeras con profesional indiferencia. Pronto entendimos que el verdadero problema era más hondo, más íntimo, que el de su piel hundida.

Mi hijo había nacido —y formado, también, en laborioso silencio— con un problema difuso. Como si un éter maligno le hubiese contaminado todo el cuerpo. En el más pequeño rincón suyo, justo en la hondura donde las células asientan su vecindad, carecía de una proteína con la que el tejido conectivo se abraza a sí mismo y mantiene al cuerpo en una pieza. No era una falla puntual, lista para ser removida con bisturí: el manto afectado le recorría todas las aristas del organismo, desde el esqueleto hasta la piel, pasando por los ojos. Y el corazón.

En la salita del hospital, sin que mis puntadas terminasen de sanar, tomaron mi ignorancia como un gesto negligente. El doctor nos explicó que el síndrome de Marfan es una enfermedad autosómica dominante: basta portarla para manifestar sus males. Pero eso era como decirnos nada. Acobardados, le devolvimos la mirada plana de quien no logra entender una obviedad. El hombre en bata explotó. ¿Cómo era posible que no lo hubiéramos previsto, si uno de nosotros dos nació y creció con el mismo síndrome? Fue entonces cuando Daniel soltó mi mano para no volver a tomarla de nuevo. Sus ojos, aunque enquistados en los míos, no me miraban a mí: miraban, tras de las capas de carne y calcio, mi columna deforme. La escoliosis, aunque moderada, era una manifestación del síndrome. Incluso lo eran la miopía y mis dedos largos, más largos de lo normal. Le devolví al par de hombres una pregunta que nunca respondieron: ¿cómo podía saberlo? Hecha la secuenciación supimos que bastó uno solo de mis genes para que las fibras de mi hijo fracasaran al buscar forma. Era una copia defectuosa, nos dijeron, como si yo trajera adentro una mitad averiada.

Elio se convirtió en un niño afable. Rara vez separaba la vista de sus libros ilustrados y eran escasas las tardes en las que deseaba algo distinto a entretenerse en su habitación. No supe de amigos suyos más allá de los circunstanciales, los que van y vienen sobre aceras, parques, pasillos de centro comercial. Fue tan grande su silencio que superó con creces el que sostuvimos, de forma discreta, Daniel y yo. Mi esposo estuvo presente en la vida de mi hijo como lo han estado con sus propios hijos todos los padres que he conocido: a la distancia, temerosos de que la crianza fuese una actividad que deja rastros radiactivos. La figura de Daniel siempre nos llegó de lejos, amparada por las ineludibles responsabilidades de las que dependía su sueldo. A mí me tocaba desvelarme los ojos en espera de que la presión sanguínea de Elio mejorase o sus huesos dejaran de doler; a él le tocaba llevarnos a clínicas y hospitales como quien se llena de mandados, ido luego con la excusa de tener más cosas por hacer. Míos fueron la preocupación y los suspiros, suyos el fastidio y la desazón.

Pasé la última noche de Elio susurrándole canciones a la oquedad de su pecho. Por la tarde había llegado de la escuela con un dolor agudo que me preocupó más de la cuenta, como si, a esas alturas de su vida, fuera posible experimentar un sufrimiento inédito. Entró, de la mano de Daniel, como ahogándose de a poco. Permaneció quieto en un sofá mientras miraba el techo, desentendido de sus libros y de mi voz. Cuando me acerqué a moverlo respondió con un manotazo. Procuré no irritarlo innecesariamente durante mis inspecciones, palpándolo apenas. Lo llené de pastillas para subirle un poco la presión, pero su ánimo no logró reponearse en las horas siguientes. Ya oscuro, tras la puerta de su habitación, lo escuché sollozar algunas palabras inentendibles. Me tendí al lado suyo para cantarle mientras intentaba calentar sus manos con mis manos. Por un momento

guardó silencio y alcancé a dormir. En el sueño estábamos a solas, al pie del naranjo de nuestro jardín. La noche era ruidosa, como habitada por insectos. La risa de Elio se me escurría entre los dedos, dejándose acariciar, respondiendo a mi llamado. Jugábamos un juego mudo cuando hundí mis manos en el hueco de su pecho y de él extraje agua transparente, delgada, casi vapor bajo la tibia oscuridad del cielo. Lo primero que hice al despertar, profunda la madrugada, fue abrazar su cuello con la palma de mi mano. Entonces lo sentí: su piel era una piedra lisa a la que no le quedaba más calor interno. Había perdido el rumor sanguíneo de sus latidos. Ya era tarde cuando Daniel escuchó el pánico en mis gritos y tarde también cuando los paramédicos pudieron constatar que no quedaba más que hacer por el cuerpo de mi hijo. Pasaron un par de días para que la autopsia mostrara que el tórax de Elio al fin había sucumbido ante la tensión que cargaba desde el nacimiento, rasgado como una tela. Su aorta se había debilitado lo suficiente como para formar un aneurisma y romperse. Sólo una certeza tuve ante su muerte: debía enterrarlo bajo el naranjo del jardín.

El silencio que siguió a Elio fue distinto al habitual; quizá, más que de un distanciamiento entre Daniel y yo, se trataba de un tabú. Pronto nos ocupamos en rellenar espacios, desplazar muebles, cambiar decoraciones. Guardamos las cosas del niño en su habitación, un poco temerosos de tropezarnos con ellas en algún rincón que le correspondería a un electrodoméstico. La vida había adquirido una nueva geometría. Las manos de Daniel buscaban nuevamente mi cintura, mis senos, mis muslos. La casa estaba llena de esquinas en las que, otra vez, él me cercaba y yo respondía con carcajadas y gemidos. Fue una noche en la que él me buscó, sediento de mí, cuando lo escuchamos por primera vez.

Sonaban zarpazos sobre el jardín. Daniel, en pos de mi carne, se dispuso a ignorar el ruido




de la tierra bullente; se trataba de un rasguño monótono, maquinal, aunque amplio como el de un rastrillo. Abandoné el berrinche de mi esposo para inspeccionar la parte trasera de la casa. Se volvió cada vez más nítida la estridencia de las garras, el chasquido de los dientes ceñidos entre sí. No era horror lo que contenía el grito que solté al verlo tras la ventana: aquello que me inundó al notar el par de ojos ambarinos fue más cercano a la fascinación que al miedo. Agazapado frente al tronco del naranjo, me dedicó una mirada liviana antes de continuar con la excavación. No pude distinguírle los contornos. Del hueco de tierra parecía nacer toda la oscuridad que nos separaba bajo la noche. Un manantial de sombras. Tardé en notar que ya no quedaban restos de Elio en su sitio. Di algunos pasos hacia el pelaje amorfo —amplio, erizado, caótico— cuando noté que reculó. No era efecto de mi presencia, sino de la de Daniel. Él emergió a mi espalda y me hizo a un lado con su mano libre; en la otra cargaba con un machete que apuntaba justo hacia los ojos amarillos, el hocico holgado, los dientes apiñados entre filo y filo. Grité, horrorizada al fin. En medio de ambos, le rogué a Daniel que no le hiciera daño. Fueron mis lágrimas —o mis mocos o mi pecho convulso o mi rostro contraído— las que asquearon a mi esposo, no la presencia en el jardín. Fueron también mis lágrimas las que lograron disuadirlo.

Daniel nunca se recuperó de mi arrebato frente al naranjo. Al día siguiente, en el desayuno, su mirada había migrado del deseo hacia la repulsión discreta. Tenía la cara contaminada por el inconfundible desconcierto que los hombres muestran cuando pierden el poder del que se han hecho. El duelo por el orden perdido. Una infancia entera había tenido que esperar para que mis manos se ocuparan nuevamente del menester de sus exigencias y sólo las suyas. Acaso encontró estúpida la rutina provisional con la que respondí ante las visitas; acaso encontró grotesco el puntual espaciamiento entre cita y cita. No entendía —ni buscaba hacerlo— la naturalidad con la que yo deslizaba un balde de menudencias cada vez que las garras regresaban al jardín. No entendía —no había cosa por entender— el orden minucioso con el que disponía huesos y cartílagos sobre un plato enorme para que el fugaz hocico pudiera triturarlos antes de desaparecer de nuevo por las noches. No entendía —no tenía los ojos necesarios— la ternura con la que pasé mis tardes admirando el pelaje

hondísimo, la mandíbula desbordada de dientes, la envergadura de oscuridad. Yo me estaba volviendo loca y él se estaba quedando más solo.

En respuesta a mi nueva ocupación había comenzado a beber, vicio repentino al que no le bastó la pesadumbre de la paternidad para manifestarse. Desde temprano, mientras yo preparaba la casa para la visita de las tardes, él se disponía a embriagarse con serenidad mecánica, dándole la espalda al jardín. Absorto en el sillón, despreciaba mi comida y mis atenciones, como si la mía también fuese una presencia que le arruinaba la rutina. Sus ojos se fueron llenando de resentimiento y el jardín de flores: dalias, gladiolas, lobelias. El pozo donde antes estuvo Elio terminó cercado por un cojín de claveles. Hoy, sentada en él mientras esperaba, vi cómo Daniel se animó a abandonar la sala para montar el asador que años atrás habíamos acomodado en el cobertizo. Poseían sus manos una determinación que les fue ajena durante las semanas anteriores. Unía piezas, limpiaba parrillas y vaciaba carbón como si se hubiese involucrado en una realidad prostética que sólo a él le hacía sentido. Satisfecho, se sentó sonriendo frente a mí mientras yo aguardaba el ruido de las pisadas.

Más tarde llegó. Lo recibí como siempre, llenándolo de tripas y huesos que serví en el plato más grande de la alacena. Circundado por las sombras de la noche, Daniel fingió que no le interesaba mirarnos, tomando carne de vez en vez y estirándose entre bostezos hondos. Quizá fue mi culpa no haber entendido a tiempo que aquello era un anzuelo. Cuando terminó de lamer los restos de mi comida, apuntó el hocico hacia la parrilla donde los cortes de mi esposo ardían, humectados por sus propios jugos.

Manso, se acercó a él. No me ha abandonado el pasmo con el que vi las pisadas temerosas. La noche era un signo extraño y a mí me era ajena toda posibilidad de interpretarlo. Tan oscuro el jardín, no supe cuándo fue que Daniel desenvainó de sus costados una brocheta, blandiéndola frente a la lengua hambrienta. Tan oscuro el jardín, no supe cuándo fue que los dientes se multiplicaron y el lomo se arqueó en una postura que nunca había visto. Que nadie ha visto. Fueron breves los segundos del forcejeo antes de que el fuego se regara por el pasto del jardín. Ciega, tambaleé hasta quedar tendida aquí, a mitad de mi cuerpo. 

**Leonardo Gutierrez Arellano** (Guadalajara, 2000). Se dedica a la literatura y la divulgación científica. Ha publicado cuentos, ensayos y artículos en *Tierra Adentro*, *Luvina*, *Punto de partida* y la *Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*. Fue becario del PECDA Jalisco y formó parte de la primera generación del Diplomado de Escritura Creativa de la UNAM.

 : @Leonardogtza

# Llamada entrante

Izel Shamaní

*Para Jack, mi gato, mi amigo.*

Como el hombre no contestaba, Manuel aprovechó para acomodarse los audífonos y el micrófono. Pudo imaginarlo en un cuarto con el techo bajo, sentado en su sofá, solo. Sacó el teléfono de su pantalón para ponerlo sobre el escritorio, tenía un mensaje: *Gris ya va a salir*. Su camisa ya estaba sudada y apenas iban a dar las nueve de la mañana. Los demás tomaron sus respectivos micrófonos, encorvados sobre los cubículos. Al acomodarse el fleco, sintió el cabello un poco graso, no pudo recordar si se había bañado la noche anterior o no. Puso el café a un lado y de sólo verlo le ardió el estómago.

—¿Señor Emilio? —El silencio siempre era la respuesta inmediata— ¿Qué ha pensado? ¿Recuerda que teníamos cita para hablar de la velocidad de su servicio de internet? —Manuel lo imaginó escondido debajo de la mesa, como un animal asustado.

—Mi tele no se ve bien, hijo.

A Manuel le costó concentrarse, sentía una presión en el pecho, sólo dos veces en la vida se había sentido así; una, la mañana en la que le dijeron que Gris, su hermana, no iba a volver.

—Entiendo, señor —Sintió la vibración en el escritorio, al encenderse la pantalla vio el nuevo mensaje de su madre: *Ya vamos de salida*. Le empezaron a temblar las piernas—, así que le vuelvo a comentar que podemos agregar más megas de velocidad.

—Pero ¿cómo?, ¿vendrán a cambiar el cable?

Manuel pensó en su propia casa, en su habitación, en cómo sus padres sacaron sus cosas tan de repente, pintaron las paredes de blanco y acomodaron una cama distinta, sábanas nuevas, un microondas y una mesa. “A lo mejor la tienen que dializar en casa, se necesita un cuarto pequeño, hay que prevenirnos”. Ése, el cuarto más pequeño de todos, era el suyo.

—No, señor, para que reciba la mejora en su servicio sólo es necesario cambiarlo de promoción, así se aumentarán los megas a su paquete de internet. —La segunda vez, cuando ella misma, Gris, llamó para avisar

que estaba por morir y que, al final, sí regresaría a casa—. ¿Señor?

“Ven aquí, ven, ándale”. La voz del anciano era una súplica tierna. ¿Dónde estuvo su hermana todos esos años? Siempre fue un misterio, no sólo para él, para toda la familia; sólo hasta su regreso supieron que se había escapado con su novio y que había trabajado en una fonda, una historia tan trivial que a Manuel se le antojó injusto todo lo que pasaron sus padres y él desde que se marchó porque, finalmente, sus padres no volvieron a ser los mismos.

—¿Señor?

—¿Y la tele funcionaría bien, hijo?

Le dio la impresión de que hacía mucho tiempo que el hombre no pronunciaba esa palabra, le gustó escucharla, aunque fuera de un desconocido. Se sintió culpable porque en el

fondo sabía que los descuidados en su casa no eran a propósito, sólo una consecuencia del mal sueño, de la mala comida y la decepción. Él pudo entenderlo porque

Gris era la primogénita y de eso se trataba tener hermanos, regaños y castigos en cadena, no conocía otra cosa, siempre habían sido Gris y él, “el pilón”: al ser el menor, nació con ella, como nacer con la nariz grande o los riñones pequeños.

—Claro, será más rápida, ¿quiere que le active el nuevo paquete? —podía sentir la liberación de una nueva venta pero como por reflejo.

—Y el cable, ¿no le hará daño a mi gata?

La respiración de Manuel se cortó. “Si diabilizan a Gris aquí, no podrá haber gatos, ni perros, ni aves”. Pero no había nada de eso, sólo Gasa. Al soltar la frase, su madre no lo vio a

la cara, ni siquiera cuando Manuel le preguntó qué pasaría entonces con la pequeña gata. “Si no quieres que se vaya a otro lado, habrá que llamar a un veterinario”. Supo a qué se refería.

—¿Manuel? —La forma tan familiar de llamarlo hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas—. Es que a veces muerde las cosas.

Recordó el día del rescate, Gasa tenía la pata hinchada de pus, el pelo sucio y los ojos entrecerrados. Ya la había escuchado pelear en las noches, pero Manuel siempre supo que sólo se defendía. Gasa estuvo hospitalizada tres noches en aquella ocasión y él no dejó ni un minuto de sentirse acorralado: el veterinario le dijo que tenía que ir a sus visitas a tiempo y la gerente de ventas se rio en su cara cuando solicitó permiso, “los animales no son personas”, lo mismo que pensaban en su casa, por eso no les sorprendió cuando Manuel les dijo que no había encontrado un nuevo hogar para Gasa. Aquella ocasión, de todos modos, Manuel registró su primera falta; en seis años de trabajo sólo tenía dos.

—No le hará ningún daño, la mejora no será física, sólo realizaré un cambio de servicio desde mi computadora.

Su celular vibró de nuevo, en el fondo de pantalla vio los ojos amarillos de Gasa y a la altura del hocico un nuevo mensaje de su mamá: *Ya me inscribí al curso para preparar la diálisis, busca al veterinario.* Bloqueó la pantalla.

—¿Señor? Le daré un momento para pensar y volveré a atenderlo.

Puso el *mute* y se dejó caer en la silla, ¿qué veterinario estaría dispuesto a dormir a un gato perfectamente sano? Quizá algún “profesional” clandestino o alguien mucho peor. Con la boca completamente seca, se puso el café en los labios, el calor le perforó el estómago. Volvió a activar el micrófono y le preguntó al hombre si ya lo había pensado. El sudor le escurría por las manos, las observó, llenas de rasguños y mordidas poco profundas, ninguna dejaría

cicatriz; no eran manos de telefonista, eran de veterinario.

—Sí, no creo que sea seguro para mi gata, pero muchas gracias.

El manual decía que no lo dejara ir, que debía volver a explicarle todo. *No cuelgue.* Manuel sólo quería que lo llamara hijo de nuevo.

—Entiendo su preocupación, señor, pero le aseguro que su mascota estará bien, ¿cuál es el nombre de su gata?

Lograr familiaridad era uno de los pasos fundamentales, ganarse la confianza del cliente.

—Se llama Estela.

—La mía se llama Gasa —Necesitaba hablar de ella, que alguien escuchara con alegría sobre sus ronroneos, su gusto por ver a los pájaros desde la ventana y su afición a sentir el aire en la cara—, tiene nueve años conmigo.

—Espérame tantito, hijo, tengo que darle su medicamento.

Manuel lo imaginó dejando el teléfono en la mesita de noche, moverse lentamente. “Ven aquí, chiquita, o vas a recaer”. A Manuel se le aceleró el corazón, no se escuchaban más ruidos en la casa, parecía que sólo estaban ellos dos, ¿y si Gasa pudiera hacerles compañía? Si el hombre estaba dispuesto a cuidar a un gato enfermo, quizá podría vigilar a Gasa, así, si la gata falleciera, el anciano no se quedaría solo. Trató de no pensar en poner una vida sobre la otra, pero era imposible. Gasa estaría bien, eso era lo más importante.

—Ya volví, hijo, discúlpame, mi Estela está enferma, le dio leucemia como a mi esposa.

—No se preocupe —A Manuel solía irritarle que le dieran vueltas a todo, pero hoy no—, parece usted muy atento con su gatita.

Su segunda falta fue el día que llevó a Gasa a la campaña de esterilización, se lo pidió a sus padres, primos y tíos, a todos, en esa casa siempre había un alma, “hay que ayudarnos”, eso le habían dicho toda su vida, para eso eran

las familias, para eso las reuniones y el alcohol, que Gris nunca dejó de consumir por completo, a pesar de que ya la habían diagnosticado. Nadie pudo. Se formó con la jaula toda la mañana y le descontaron el día.

—Es mi única compañía, le puse como mi difunta esposa porque no dejaba de llamarla así, siempre traía su nombre en la cabeza.

—Señor, me permite un momento, hay una pequeña falla en el sistema.

Pulsó el *mute* para que el anciano no pudiera escuchar su respiración. Al silenciar la conversación, inició su cronómetro, los diez minutos empezaron a correr en cuenta regresiva, diez minutos era lo reglamentario para tomarse un respiro durante la jornada de seis horas, podía hacer lo que quisiera: ir al baño, fumar, tomar agua. Cuando recobró la movilidad en las piernas quedaban siete minutos, corrió al baño a mójarse la cara, al terminar, se sostuvo del lavabo, desde la coladera le llegó un olor a perro muerto y las arcadas hicieron que le ardiera aún más el estómago. Se vio las ojeras en el espejo, no había dormido desde que le dijeron que Gasa tendría que irse, no, desde que les hicieron la prueba de compatibilidad para el trasplante, no, desde el diagnóstico, no, desde que Gris regresó a casa. Sabía que era su obligación amar a su hermana, pero verla entrar al cuarto, el que él había ocupado en su ausencia, y acomodar su ropa como si esos trece años no hubieran pasado, le agrió la boca; por eso Manuel mudó sus cosas al cuarto más pequeño porque “él está solo”, porque los animales no son personas, no son hijos, no son hermanos. Sacó el celular para releer los mensajes: *No puede haber gatos, ni perros, ni aves. Busca al veterinario.* Corrió a vomitar.

Al volver a su cubículo, con apenas un minuto de sobra, la llamada estaba activa. Manuel volvió a pensar en las adopciones, no, Gasa en manos de quién sabe qué lunático, imposible, ella no había conocido otro patio, a otras personas. Podía dejarla en un refugio en el que quizá no la alimentarían, en el que iban a tenerla encerrada. Recordó de nuevo el día del rescate, sus pupilas enormes por la anestesia, su cabello naranja completamente sucio, cómo no sintió la inyección porque, según dijo el veterinario, su cuerpo estaba acostumbrado al dolor. Conocía más a Gasa de lo que conocía a su hermana, se convirtió en su único consuelo, en una curación. ¿Podía llevarla con él, con el hombre al otro lado de la línea?

—Estoy de nuevo con usted, señor.

Manuel buscó en la pantalla la dirección del hombre: aunque no era precisa, sí daba una idea de la zona, el anciano no estaba lejos, si la dejara ahí, podría ir a verla de vez en cuando, los fines de semana.

—¿Señor?

A Manuel le empezaron a temblar las manos, si Griselda se hubiera quedado allá en dónde estaba, si no hubiera ignorado su tratamiento, si sus padres hubieran terminado la carrera y tuvieran seguro, si no lo hubieran obligado a hacerse la prueba de compatibilidad, si hubieran hecho la dieta para donarle alguno de ellos el riñón, si no hubieran sugerido que él lo donara, si las complicaciones no pudieran conducir al fallecimiento del donante o a la hemorragia o a la embolia pulmonar, al daño intestinal y al ataque al corazón, si no le hubiera dado tanto miedo, si no lo hubieran corrido cuando no quiso hacerlo, si hubieran podido hablar del tema después, si él no fuera tan joven.

*Quédese a Gasa, por favor.* En cuanto contestara, se lo pediría, mejor a él que a las decenas de números en su teléfono; después de todo, nadie la había querido. Sintió la mirada de la

gerente en el cuello. Su celular comenzó a vibrar con mensajes seguidos, frenéticos, imaginó a Gris en una emergencia, con un tubo saliendo de la garganta, acostada inconsciente, con una sábana blanca cubriéndole la cara, luego una gruesa, sólida, de cemento. Sintió un profundo alivio que trató de callar con café, hacía tiempo que ya no estaba seguro de si tenía que perdonar o ser perdonado.

—¿Señor?

Puso *mute* y escondió la cara entre las manos, nadie lo volteó a ver, esas reacciones no eran nada nuevo, *señor, señor, señor, señor*, no escucharlo hacía todo mucho más horrible. Lo aliviaba no poder colgar, colgar es causa de reporte, lo esperaría toda la mañana de ser necesario. Gasa era su compañera, era quien se recostaba en sus piernas en las noches, era a quien miraba dormir, quien lo necesitaba, la que se iría con él a un departamento en cuanto pudieran, ella y nadie más. Nadie merecía saber por qué decir que Gasa y él se habían rescatado uno al otro era poner en palabras demasiado simples lo sucedido, un intento burdo por explicar para que los demás entendieran, pero no lo harían.

“Pausa activa”, la gerente se escuchaba alegre. Vio a todos ponerse de pie, dejar el largo escritorio dividido en diez secciones, corrales en un refugio para animales, no quería quitarse los audífonos, pero se paró frente a su espacio. No podía dejar de ver la pantalla y el micrófono, ¿y si el anciano, al no escucharlo, colgaba? Esperó un minuto y finalmente dejó los audífonos y el micrófono sobre el escritorio. “Toquen sus tobillos”, mientras estaba en esa postura, le pareció escuchar que el anciano lo llamaba, quiso tomar el micrófono, pero era como si alguien lo estuviera inmovilizando por el cuero. ¿Y si colgaba? “Trotan un poquito en su lugar”, escuchó los zapatos planos, las suelas de goma, los tacones: parecía que los pasos se acercaban más y más rápido, como persiguiendo un auto en la

carretera o huir luego de abandonar al gato en una caja frente a la puerta de un desconocido.

“Antes de volver a su trabajo, dense un fuerte abrazo a ustedes mismos”. Manuel pensó en ignorarla y retomar la llamada, pero la gerente ya estaba detrás de él. “Abrazate, Manuel, vamos”. Lo tomó por la espalda y lo enredó con sus propias manos, era como tener una camisa de fuerza. Manuel trató de ver en la pantalla si la llamada seguía activa, pero no pudo. *Señor, ¿cuidaría usted a Gasa?* “Muy bien”, lo soltó para dar un par de aplausos, “pueden volver a trabajar”. Manuel se abalanzó sobre el micrófono y se puso los audífonos.

—Señor, lo lamento, sigo con usted.

El silencio seguía activo, volvió a recargarse en la silla, los teclados, las plumas y el garrafón de agua llenaban el ambiente. Bebió el café frío mientras preparaba el discurso, tenía que convencerlo. *¿Señor?* Repasó el manual, no podía dejar que colgara. *¿Señor?* Vibró su celular. Era Gris: *Manuel, mamá ya me dijo lo de Gasa.* Había esperado al menos un mensaje de disculpa, una plática para intentar que conectaran de nuevo después de una vida separados o que dijera algo sobre Gasa y su partida, cuánto lo lamentaba, pero nada de eso. Cuando iba a contestar el mensaje, escuchó a alguien del otro lado de la línea.

—¿Bueno? ¿Bueno? —Lo sorprendió escuchar la voz de una mujer, confirmó en la pantalla que no fuera una llamada distinta.

—Buen día —Buscó el nombre del titular, se aferraba a la llamada como si al hacerlo pudiera salvar una vida, pero, ¿la de quién?—, estaba hablando con el señor Emilio...

—El señor se quedó dormido. ¿Quién habla?

—Mi nombre es Manuel Jiménez —Necesitaba que la vida fuera distinta, que tuviera posibilidades, al menos para Gasa—, yo...

—Dígame, en qué puedo ayudarle, Manuel.

Manuel supo que sería más fácil convencerlos en persona; en cuanto vieran a Gasa ahí, en la transportadora, ya no habría opción: no podrían rechazarlos si los veían a la cara. Estela sería la nueva amiga de Gasa, incluso era capaz de ayudar al anciano con ambas gatas, pero para llegar a eso era necesario mentir, obtener la dirección del hombre.

—Sí, lo que pasa es que don Emilio quedó en cuidarme a mi gata y quisiera saber cuándo se la puedo ir a dejar.

Bajó el tono de voz, aunque nadie parecía estar prestando atención, entrelazó los dedos debajo de la mesa.

—Si pudiera darme la dirección, por favor...

—Ay, muchacho, tú que le crees a don Emilio.

Se le fue de nuevo la respiración. Cuando la foto de Gasa volvió a aparecer en la pantalla, se llevó las manos a la nuca.

—Señora, me da mucha pena, es que en eso habíamos quedado —Ganarse la confianza, no dejarlo ir por nada del mundo, evitar a toda costa que cuelgue—, ¿no será posible?

Se olvidó de en dónde estaba, del manual, de la gerente, de las personas a su alrededor.



—Él no se puede ni cuidar solo, a la gata la cuido yo.

—No será mucha molestia, mi gata duerme casi todo el día, le juro que...

—No, muchacho —Manuel muteó la llamada, quería arrancar el micrófono y los audífonos, pero sentía que su cuerpo ya no era capaz de responder—, lo hago por orden de su hijo y sólo mientras hago el quehacer. Ya nada más están esperando a que se muera.

Estaba acostumbrado a descifrar lo que la gente quería decir según su tono, pero no supo si se refería al señor o a la gata.

—No les gustó nada que le pusiera el nombre de la señora Estela —Quiso atravesar la línea, sacudir al señor por los hombros. *Despiértelo, por favor, ya habíamos quedado en eso.*

—¿Muchacho? —Manuel dejó que lo oyera respirar, ya no podía despegar los labios— Discúlpame, muchacho, pero me tengo que apurar.

Y sin más escuchó de nuevo, uno a uno, los tonos de llamada, se sentían como latidos, como si su ritmo tratara de reanimarlo. Antes de cerrar la ventana con la información del señor Emilio, marcó la casilla “el cliente no requiere el servicio” para que saliera de la lista de llamadas pendientes. No volvería a hablar, no más oportunidades. *No puede haber gatos, ni perros, ni aves. Busca al veterinario.* Los animales no son personas, claro: Gasa jamás lo hubiera hecho elegir entre una vida y otra.

Tomó su celular, lo último que podía hacer era evitarle el susto de encontrarse en una nueva casa con personas extrañas, evitarle las preguntas que no sabía si los animales se hacían: ¿en dónde está él?, ¿en dónde estoy?, ¿por qué me dejó aquí? Prefería ver a Gasa dormir tranquila, un sueño sin enfermedad, sin fiebre, sin alucinaciones, sólo evitarle el dolor, quedárselo todo para él, eso era lo único que podía hacer por ella. Abrió la conversación con Griselda. *Busca tú al veterinario, Gris, por lo menos eso.* El mensaje tardó en ser leído y Manuel apagó el teléfono en cuanto vio que su hermana estaba escribiendo.

Las siguientes tres llamadas colgaron apenas Manuel dijo su nombre, como si les diera asco, como si supieran lo que estaba a punto de hacerle a Gasa, pero nadie merecía saber: se habían rescatado uno al otro, pero nadie lo entendería.

—Buen día, señor, nos comunicamos de su servicio Telmex, habla Manuel Jiménez. —Vio sus manos, llenas de rasguños, y pensó que ojalá alguno se convirtiera en cicatriz—. ¿Cómo se encuentra el día de hoy? 📞

**Izel Shamaní** (Chalco, 1991). Autora del libro *Mutis* (2022). Becaria en Jóvenes Creadores (2022-2023). Ganadora, entre otros, del primer premio en ensayo en el Concurso 55 de Punto de Partida y del segundo en crónica en la edición 53. Asiste al taller de creación literaria en FARO Indios verdes.

# Naufragios del mar de Cortés

**Jerónimo Palomares Galván**



**Jerónimo Palomares** (Chetumal, 1979). Se ha especializado en la fotografía documental de autor. Maestro en Artes Visuales por la UNAM. Fue seleccionado para el Seminario de Fotografía Contemporánea del Centro de la Imagen en 2012. Ha sido acreedor de la Beca Creador con Trayectoria PEODA en tres emisiones y de la Beca Nacional Jóvenes Creadores del FONCA.

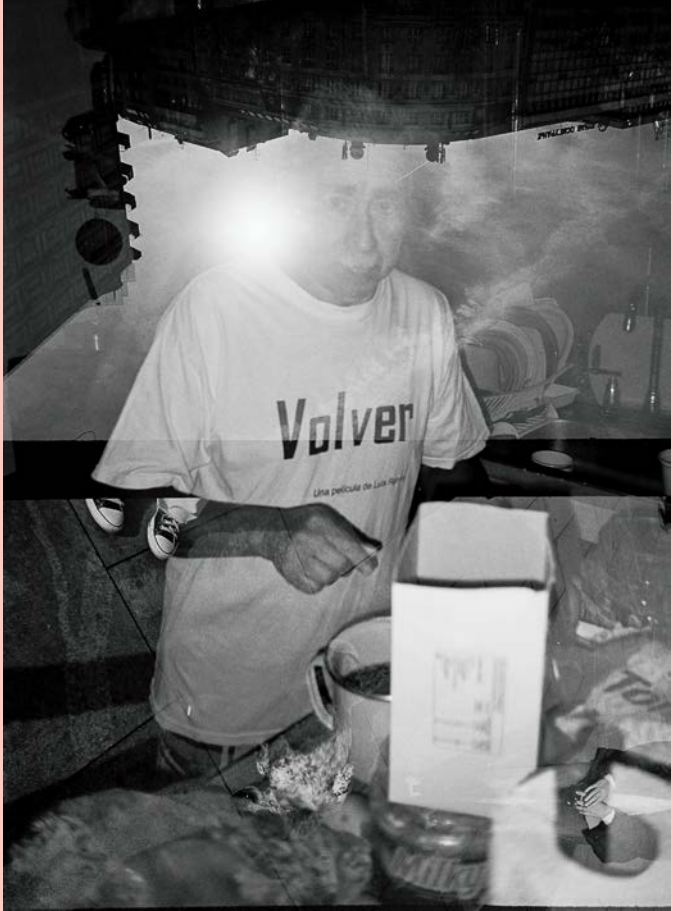




# Toda familia es el inicio de un viaje

Sebastián Barriga González







**Sebastián Díaz Barriga** (Ciudad de México, 1998). Ganador del Premio de Poesía UNAM 2021 con el libro *Nada del otro mundo* (2022). Becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA en poesía (2024). Director del cortometraje *El increíble verano de Jesús* (2024). Actualmente prepara su primer documental, una serie de entrevistas con imitadores de Juan Gabriel. Trabaja e investiga sonidos.

# Cuando llegaron las simetrías

Emma Vamarí

*¿A dónde en verdad iremos  
donde la muerte no exista?*

*Por esto lloro,  
date valor, corazón mío,  
nadie aquí vivirá.*

**Canto nahua de privación**

Yo les hablé (por la convicción que puede piscarse de la apnea)  
a las simetrías;  
les hablé por convicción en las correspondencias  
como la pulpa de todas las preguntas en calidad de espejos confrontados,  
florecentes para que el abismo menos sutil  
arrojara las respuestas menos prudentes.

Les hablé así—  
Cuando llegaron ya arrecíamos en el declive del sexo;  
ya éramos el paso del silencio livideciendo entre las costras de color,  
hundándose en la miasma de nuestras refracciones,  
las membranas entre el cielo y la tierra.

Cuando llegaron  
las semillas ya habían rellenado todos los sitios de las prenaciones  
con hambres de sueño amorfo en este valle de hierro y sargas y concreto;  
hambres abiertas y dengueadas por las ciénagas junto al baño,  
queriéndonos sostener en los comedores inhabitables por el cloro;  
aferradas a la resaca del suspiro, casi nuestro corazón.

Cuando llegaron ya no quedaban lluvias en el páncreas de su dios,  
el mastranzo que adoraba suavemente a las chicanas  
y resguardaba al tenebrismo más cercano a las asimetrías.  
Ya no quedaban lluvias y los canales se habían llenado de cuerpos  
y los borboteos de sus cadencias

se habían llenado también con estos remolinos de luz  
porque ya no quedaban lluvias adentro de la casa.

Y afuera, cambios de página, cortes apresurados,  
zarpazos entre las bifurcaciones del sufrimiento,  
en donde es inservible la noche;  
con las polillas;  
con los misterios que se asoman entre la maquinaria del insomnio,  
que viene una y otra vez con hambre hasta nuestra casa.

Y adentro, algo en las otras maquinarias —las palabras—  
había cortado en la alerta que exhalan las pulsaciones estelares,  
un ave había caído cuatrocientos días con su única noche  
y había seguido cayendo de las falanges  
que dolieron con el metal y sus brillos de desolladura.  
El ave había tenido todas las formas del odio sobre la tierra,  
y de nuestros enojos y del tiempo,  
que es una lluvia aprisionada por maicena,  
maicena y un poco de azafrán  
—el tiempo es la forma primigenia del odio.

\*

Les seguí hablando—  
Pero ningún adobe aguantó su llegada.  
Se resquebraron bajo las fibrilaciones de la hora  
a volapié de las veinte palabras ahorcadas  
en las falencias de la perfección.  
Primero, abanicos de lumbre en las prisas,  
aquejarres junto al tendón de afecto que nos unía a papá,  
se encarnaron en otras alimañas que huyen al río  
de las novias flageladas.

Ningún pilar aguantó.  
Se resquebraron en los tanques de los cuatrocientos mirones  
cuando los visos del verbo a tientas eran vueludos;  
vueludos de las hermosas telas alrededor de nuestro matrimonio  
impregnado de las risas desteñidas por el poder;  
los cuatrocientos vítores que eran cuatrocientas víboras con médula de nogal  
todos doblados por la yerba húmeda  
y los amaneceres forzados a la concesión de su desarreglo,  
de sus dos pilares:

doblados por el río que aquí también se doblaba  
 y que hacía doblar sus gorgojos a los totoles,  
 amigos totoles, amigos sicarios, amiga autopista,  
 amigos sin nombre,  
 amigos nosotros que no tuvimos nombre  
 ni nada bajo nuestras rodillas suplicantes  
 más allá de las ambigüedades de estas raras pilas de escombro  
 lentamente transformadas en un testimonio  
 de las cosas que ya nunca existieron en nuestros desperfectos;  
 no tenemos nombre que nos eleve  
 de los sentires del mar que acerca un brazo, un dedo apenas,  
 sobre el último destello de las telas asimétricas  
 durmiendo con papá en los aromas más tenues de la angustia,  
 en las mismas frustraciones, vibrando bajo la presión del agua  
 —estar a los siete metros de la presa  
 es cargar con todas sus transas—,  
 porque argüimos el final de la raíz  
 como hemos argüido todas las texturas que sestean entregadas  
 a la misericordia de la nueva esencia del abandono:  
 el que llegó a nosotros y no nosotros a él,  
 la esencia que nos persigue por ustedes,  
 que nos mantiene despiertos por ustedes,  
 que nos tapia los reflejos en las pupilas por ustedes;  
 y por ustedes somos la distancia irreconocible  
 hacia la recámara de mamá;  
 somos espectros luminosos que se arrastran a toda velocidad,  
 con la fuerza entera de los decibeles,  
 por los hoyos de nuestras cercas de somnolencia  
 sin razón además de los sonidos del doblez agonizando.

Por ustedes somos las criaturas que escurren sus cruces  
 hacia la superficie de la oscuridad.

\*

Todavía les dije—  
 Y su templanza,  
 el perfil mejor logrado del zaherimiento,  
 llegó a arrollar los espíritus con su cuerpo de dinamita  
 durante otros sueños acerca de flamas ruñidas por el entierro,  
 rodeando las fronteras de los soplos,  
 desintegrando la reciprocidad del hormigón, los formatos,

las furgonetas que se están repartiendo los cuerpos  
 entre estas veintenas de corazones  
 que bombean los vapores de la gasolina  
 hacia las opacidades que abrimos con las uñas  
 y se vuelven cráteres de neblina sin forma,  
 caminos que se cierran detrás de nuestros respiros,  
 y por tanto son lo límpido de la felicidad  
 y por tanto no son nada.

\*

Pero ya no les dije—  
 Por fuera de los sueños, en el sudor del insomnio,  
 los ventrículos aún funcionan por costumbre para los telares;  
 se montan en los camiones, pasean los dolores,  
 se convierten en diálogos calixpintos  
 que ignoran lo sagrado en las disparidades de las masas  
 cuando se acurrucan encima de lo poco que aún golpea  
 en esta parte del río,  
 en donde la memoria del agua despierta suavemente por las torsiones  
 y los pastizales despeinados con risas delicadas (burbujas en el fuego);  
 en donde hay el sitio preciso para los compases cardíacos  
 que conducen hacia alguna narcolepsia  
 de la luz cuando se infundona en el mar.

\*

Ya no les dije—  
 Por fuera de los sueños, el óxido nos tiñe la piel y los trancazos  
 nos arrullan durante toda la cacofonía:  
 cuatro balas adentro de los fermentos de sol,  
 y cuatro más en los neumáticos que se confunden con la bruma,  
 el espejismo de simetría en la montaña,  
 en donde encalla la variedad entera del alivio  
 —otras luces infundonadas en otro océano—  
 y nos arroja semidesnudos a un mundo  
 que se dobla por todas sus mitades y se perfora  
 con las almas de suicidio fosforescente,  
 presas en la parte indefinida del ojo que escarba  
 por un laberinto sin muecas  
 rumbo a la única verdad por encontrarse en los costados del espejo  
 en donde se refleja sólo lo imprudente de mi propia voz:

las simetrías son la estilización del odio  
 y todo lo que se dobla dentro del núcleo del agua.  
 Las simetrías son nosotros, pero nosotros no somos ellas:  
 ellas son el aire que se expande tras las pisadas  
 arrastrando cuerpos desmembrados  
 por la parte exprimida, flácida del tiempo;  
 nosotros somos extranjeros materiales  
 en una curva de asfalto que se llamó río y patria,  
 y así extranjeros volveremos a recortarnos a la forma  
 de los otros hijos de mamá.  
 Mamá era la luz blanca de lo imperfecto  
 y en su llanto existían los moldes de nuestras aspiraciones.  
 Las simetrías son las destructoras de la tristeza  
 —lo único que el tiempo no logra levantar de su tumba—,  
 y son un charco de sangre  
 incapaz de esparcirse entre nuestros pies.  
 Mamá es la cara imperfecta del abismo  
 y ya nada la separa de las simetrías, y todo la separa de nosotros,  
 que somos la luz manchada de vilipendio.

34

**Emma Vamarí** (Orizaba, 2007). Primer y segundo lugar en las ediciones VIII y IX del Concurso de poesía Amapola Fenochio (2023 y 2024).  
 @emmavamarí

# Neurópolis

**Darío González Rodríguez**

Para Chris

*¿Qué cargada de delicias tiene en su basalto esta piedra de neón?  
 ¿De qué cableado pendieron las colgantes estrellas sin desorden?  
 Cantidad de hora distanciada, origen de horizontes marginados  
 y, gran Ciudad, oh Neurópolis, que nos quitaste el pensamiento.*

*Aquí escribimos en tus largos códigos una salud perpetua que nos leerás en caricias,  
 aquí quiénes levantaron el primer vestigio que acalló el acero, la columna,  
 que alejó el terror del viento y la peste, la babeante necedad de sed o fuego.*

*Aquí quienes vinieron, nuestros padres, te erigieron pulcra a la antonimia de sus padres,  
 te labraron la deífica cadena y, en tu asilo, hijos somos de tu vientre asidos, afirmados,  
 hijos somos de tu cable negro, lejos de afecciones y dolencias.  
 Lejos del cuero y la masacre, aquí lejos, en el plácido recinto de Neurópolis.*

*¿El gozo puede alguna vez un fin?  
 ¿Tiene en su deleite esta pureza corrupción insomnio?  
 Los largos caminos que dejamos en la andanza,  
 estasis inmovible que perdieron antes,  
 oh, la calma y pulcritud se quedará por siempre  
 cuando ajeno ya el olor, montículo residuo que abarcó los mares.  
 Oh, el aire que exhaló la muerte nunca me verá pacer ante la cura,  
 y esta gran Neurópolis ¿acaso ocaso retendrá en su oriente?  
 ¿Acaso está vedada de bacterias y de smog?  
 ¿Acaso veo con los ojos sanos? ¿Acaso...?*

*Ennoblecimiento de los sueños, vista protectora de desgracias,  
 ¿qué marcada de escrutinio te verán por siempre ya alejada de trabajos y dolores?  
 Nosotros, que vinimos a beberte luminiscencia con las manos,  
 hemos ofrecido nuestro tálamo a tu ansia  
 y, serena, el dulce velo que ofreciste a tus adeptos.  
 Magnífica, dadora, fluorescente de amperajes,  
 óyela bramar en tu murmullo, cantadora,  
 cuando el viento vuela a acariciar la piel.*

35

Punto de partida

*Siéntela mamando de tu duelo para liberar la espina*

*y a nosotros, que soñamos su perfecto rostro,*

*bailaremos en la rueda de este o ese jardín alumbramiento ante la gracia.*

*Oh, magnífica Neurópolis, ¿qué cableado de estrella? Dime ¿qué fulgores de aluminio?*

Dormitaba después de la memoria, el duro contender de la basura y el martirio,  
los que antes precursores fueron de las grietas fluorescentes,  
hoy lamentan su silbato y su cincel. ¿No habrá flor arriba? ¿Nunca ha habido?  
Sólo aquí, en este estómago de cables alineados, una fuente eterna de terabits.

¿Duermo en todo sueño de caricias por perder el arañado nombre que nos fuera impuesto?

Levantamos una cueva y nos tiramos a dormir,  
coronamos nuestros rostros con tornillos y ofrecimos a ese dios nuestra data,  
atados por la nuca hasta el ocaso, hasta el silencio, sin dolor.

¿Dormiré cuando ya el último rastro de inquietud nos despierte,  
hasta que este dios de colmillados largos, de brazos delgadísimos,  
nos hayan liberado al fin de la malicia, de perversión, de odio?

¿Hasta que haya tiempo al fin de ver el tiempo por crecer los pinos?

¿Hasta cuándo?

*¿Quién irrumpiría en nuestros templos por corear la lengua?*

*¿Quién habrá de edificar la hambruna aquí cuando se olvide el sueño?*

*Oh, magnífica Neurópolis, de los purpúreos prados,*

*todos quienes son tus fieles, todos quienes te darán su sueño, cantan sin cesar.*

*¿Quién vendría a terminar tu perfección y tu placer?*

*¿Quién presionaría el botón si a cada paso nos alivia el alma?*

*Oh, magnífica Neurópolis, todos son tus fieles, óyelos gemir.*

Nuestra penumbrosa voluntad anestesiada, en su hormiguelo,  
las cien mil caricias han venido a reposarme el sexo.

Aquel jardín, qué tanto tiene de florido. El hombre aquél, su desnudez real.

¿Es que no ves cómo el vuelo se detiene ahí? ¿Su límite de gráfico inminente?

Alguna vez soñaba y suena siempre igual, también de día,  
como un vuelco de plástico metalizado.

Me ha venido tenue a susurrar. A detenerme.

He visto que otros hombres se desnudan de entorpecimiento,  
y yo, esposado a la columna, ¿quién irrumpirá en las calles  
de esta Ciudad con gozo? ¿Este paraíso digital?

*Oh, Neurópolis la grande, nadie habrá de retirar tus cables que no sienta el miedo,*

*no podrán jamás por su malicia terminar nuestro deleite,*

*tú que alzaste multiplicación de orgasmos y vedaste de finales este cuerpo nuestro,*

*¿Quién entonces tirará de este placer perpetuo por sufrir el hado triste de los viejos seres?*

*¿Habrá alguien que rehúya tu sentencia, tu calor?*

(La brava toca su trompeta en el pináculo más alto,  
está sonante su delicia que nos parte en gloria,  
cuerpos uno a uno abandonados a la calle, siempre igual.

La brava, empedernida, grácil joya de Neurópolis,  
se sienta en su balcón llenando el plectro o la variable,  
a soltar melodías, liberar la carga que no tienen nuestras pieles)  
Yo me cubro el rostro, la escucho tocar.

*Anhelantes somos, gran Neurópolis, de humor sobre los ganglios,*

*quieren oírte en los fulgores que irradió tu esencia*

*y salivar contigo toda nota de entonada lucidez.*

*Oh, Neurópolis querida. Anhelantes somos de la caridad tuya.*

Yo sabré que allá no hay nada, yo sabré que en la verdad solvente  
apenas unos tragos de valor bastarán para sufrir.

Escucho yo a Neurópolis o ella, en su grandeza,  
relame mi interior para sentir de dicha y detener  
la marcha firme, voluntad, quebranto.

Hoy señalo tu corona turbia y me dirijo al fin.

Hoy rompiendo tus deleites, tiraré mi manto a la vejez del tiempo.

Me rehúso.

*No hay escaso, ni corriente, contaminación,*

*nosotros andaremos por cubrir el tiempo con la exactitud de un dedo.*

*No hay medida, ni impaciencia,*

*oh, Neurópolis, te detuvieran los segundos, poderosa siempre.*

*Nadie franqueará tu firewall.*

Ya que viene a la fatalidad, la hambruna...

un pájaro distinto ha revoloteado en mi cabeza,  
cortó el sol y mi alma al vuelo lo dejó tendido.

¿Ha venido un pájaro distinto?

¿Ha tenido su plumaje fatal?

Nunca he visto con color marchito el pétalo de mis amantes,  
han llegado aquí a posar sus lenguas y parar mi curso.

No sabré la enfermedad sin cura cuando toque a mi ventana

¿Soy, Neurópolis, o un pájaro distinto vuela en mi interior?

*Eternamente vivos somos y seremos,*

*no tenemos más que calma, consuelo y satisfacción.*

*Oh, Neurópolis, gran puerto al que llegamos ciertamente,*

*nuestro sueño en fin, nuestro furor por siempre.*

*¿Cuándo habrás, oh piedra deslumbrante, de cumplir con tu misión*

*si fuiste el obelisco de los tristes viejos?*

*A tus pies se ha visto la tarea final*

*y en ti que cumples toda recompensa*

los ya finados, ya sufridos, los contienes en tu pecho,  
oh monumental, oh máquina destina.

Mi camino por el campo se aligera levemente,  
todos flotan allá lejos, sueltan siempre carcajadas,  
pero yo, qué píxel diminuto me delata. Arrastro el pie.  
¿Qué píxel adherido a mi planta se duplica por sentir,  
por hormigüear, por alterar el pulso y regresarme?  
Su ulular me nombra entre susurros, me anima a regresar.  
¿Esto es desesperación? ¿Esto es la angustia?

No hay condenas. Sólo estos perímetros nos dieron un reflejo de insolación.

Nosotros no clamamos, ya no hay tarde ni premura.

¡Oh, delicia de la inmutable calma, te veremos nunca murmurar contra nosotros!

¿Hasta dónde llegará su pulcra neuromancia

que a placer alivia el inconsciente e entiende nuestros sueños?

¿Qué insensato habrá de presionar el duelo y entregarse al dolor

cuando no aquí la toda celsitud le da caricia que enaltece el alma?

Renacido y continente, las delicias me disgustan en su variedad,  
¿Quién me vino aquí a sembrar semillas de botón brillante?  
¿Quién teclea en mis neuronas la verdad que se acumula?

Las delicias de esta tierra me sepultan claridad  
y los que gimen con su boca tersa, me tienden las manos en su encanto,  
pero no hay seguro, no hay valor, las delicias me disgustan.

¿Por qué he renacido? ¿Por cuál calma recorre entre mis venas rebelión?

Yo quisiera aquí romper un vidrio y su soberbia inalterable,  
yo quisiera allá pisar las flores, levantar el momento. Escapar.

No hay camino, no hay salida

¿para qué transitas en la línea frágil del segundo,

si entre aquí escuchábamos la música y silencio?

¿Si entre allá la culminada de sonrisas siempre calmará tu sed?

La madre Neurópolis nos acaricia el corazón,

nos inflama y nos conforta. La madre Neurópolis nos alimenta.

La madre Neurópolis desfoga tanto a grandes como a chicos. Su gratitud no tiene fin.

Acaricia sus circuitos y deléitate, posa tus labios en sus cables,

lámelos y traga el quilo azul de su gozo.

¿A qué le temes? ¿No lo ves? La madre Neurópolis, oh, grata.

Nosotros te amamos, te bebemos, oh, grandeza de portal a vuelo. Nadie nunca franqueará tu bien,  
nadie nunca te dará tardía a beber, ni burlar podrá tus límites oriundos.

Más mi curso se hunde en pantanos de agasajo  
y en sus palmos grandes tiene asida mi alma en revelación.

Me atraviesa en fuego la memoria al pecho  
y cuando recordar podría la certeza de mi nombre  
viene su fantasma a enmudecer mi paso.

¿Y es placer la angustia? ¿Es sufrimiento?

Alaba, tú, su siempre limpio vendaval tan infranqueable,  
su calle estéril de fermento y grieta. Impoluta Neurópolis  
¡Qué tantos acallar tu voz en cuanto va a decirnos: "fieles"!

Alaba tú, viviente cantidad de núcleos que la forman tibia,  
y cómo en este campo no será donde fin su favor,  
abierto soy el código que mana de la fuente eterna,  
nunca nadie pedirá más pan.

Si es angustia y terror, si es dolor la maldición afuera,  
beberé sus jugos negros por cortar la cuerda que me corta.

Mira su limítrofe ante mí roer mi carne, desgastar mis huesos.

Si es dolor que me depara afuera, despertaré por fin de la agonía entera.

Baste ya la celestial, baste ya Neurópolis tirana.

Me iré arrastrando, un aullido grave nacerá en mi alma.

Nosotros, oh ventila, te formamos siempre acariciada en la sanción de tus murallas,  
pues tus campos, tus corrientes, ¿en qué mapa encontrarán su fin?

Nosotros nos que somos tu ferviente calle, pavimento.

Yo somos Neurópolis, yo solamente forma el mundo,

soy Neurópolis la grande y sin final.

Mira desgarrar mi voz, mira mi romper mis huesos.

Esto es el dolor, el pulso, la verdad.

No hay allá un jamás que te dará la vida,

no podrás en este auxilio de amparar las venas.

Nadie nunca perderá la clave. Aquí y allá somos la Neurópolis

aquí y allá, soy la canción, oh, gran ciudad, que nos quitaste el pensamiento.

# Manual de existencia

Elieser Botello Gómez

## Instrucciones básicas:

- Despiértese. Intente recordar quién es. Si la memoria no carga correctamente, proceda de todos modos. No es indispensable.
- Respire. No importa si siente que el aire pesa más de lo normal.
- Levántese y actúe. Simule propósito. La mayoría lo hace sin darse cuenta.

## Configuración y ajustes:

- Si en algún momento siente que algo está fuera de lugar (su rostro en el espejo, el peso de su nombre, la sombra que parece moverse antes que usted), ignore la sensación y continúe.
- El dolor es una función estándar del sistema. No intente desactivarlo.
- La opción de felicidad esta disponible en versiones limitadas. Consulte términos y condiciones.
- Si experimenta una sensación de vacío, llénela con cualquier cosa: ruido, trabajo, sexo. No intente mirar el vacío de frente.

## Errores comunes y soluciones de problemas:

“Me siento como si no perteneciera aquí” → Nadie lo hace. Siga adelante.


“Creo que el mismo día se repite una y otra vez” → No es una falla, es el diseño.

“No entiendo cuál es el propósito de todo esto” → No hay propósito. Sólo siga el flujo del código.

“Hay algo observándome” → Evite los espejos por un tiempo.

## Advertencia:

- Este modelo tiene una duración limitada y no es compatible con extensiones de tiempo.
- Cuando el sistema llegue a su fin, la pantalla se oscurecerá. No habrá mensaje de anticipación. No habrá mensaje de despedida. No habrá reinicio.
- No intente contactar a soporte. No hay nadie al otro lado de la línea.

Consigue más productos en Existencia Nihilum™ 

Elieser Botello Gómez (Poza Rica de Hidalgo, 2002). Estudia la carrera de Derecho en la Universidad Veracruzana. Participa en proyectos culturales y académicos universitarios.

# Sobre la necesidad de la quietud

Alexis Ortega-Méndez

Un hombre se quema detrás de la puerta: en un intento vano por sofocar el incendio, agita los brazos hacia atrás y hacia adelante como un péndulo; se manotea vaporosamente las rodillas, pero lo único que consigue es avivar las llamas. Un aroma ahumado impregna la escena. En la habitación contigua, el teléfono no para de sonar.

Insiste.

Paulatinamente, el hombre se ve reducido a cenizas, dejando tras de sí unos cuantos gramos de polvito gris que caen apilados sobre el piso de la estancia, la cual se mantiene milagrosamente intacta a pesar del suceso. Quizás queda una manchita por aquí o una gota por allá, en las juntas de los azulejos, pero nada sobre la mesa del comedor, ni sobre el tapiz pálido de terciopelo violeta, ni siquiera en los finos marcos de teca birmana tallados a mano o sobre el flamante boceto de *La vision après le sermon*, tampoco en el sofá victoriano de tres plazas, menos aún en las cortinas entreabiertas, ni en la ventana que devela un monumental edificio de estilo neoclásico al cruzar la avenida Laval.

De este lado los dedos me arden.  
Sigo marcando, pero nadie contesta.

**Alexis Ortega-Méndez** (Cuernavaca, 1987). Licenciado en Letras Hispánicas por la UAEM. Sus líneas de investigación involucran la postautonomía, la autoficción y las dramaturgias expandidas. Es parte del libro *Literatura y cine, acercamientos críticos y teóricos* (2023). Fue beneficiario PECDA Morelos en 2018.

# Caballo, candela, ceniza

Xóchitl Tavera

*Out of the ash  
I rise with my red hair  
And I eat men like air*  
"Lady Lazarus", Sylvia Plath

## Ceniza

[Fotografía 03: restos calcinados de caballo-mecedora]

Mucho antes de que *El Rey León* llegara a las salas de cine para explicarnos que existía un ciclo sin fin, mi mejor amiga y yo repetíamos un juego de manos que transitaba por todas las épocas en la vida de una mujer: *cuando yo era baby chupeteaba; cuando yo era niña me cuidaban; cuando yo era joven coqueteaba; cuando yo era madre arrullaba; cuando yo era muerto (así, en masculino) apestaba; cuando yo era polvo me barrían; cuando yo era ángel aleteaba; cuando yo era diablo picoteaba* (en esa última estrofa de la cancioncita, el chiste era encontrar con el dedo índice el costado de la otra para hacernos cosquillas). No está nada mal como primer acercamiento para a) dimensionar el porvenir femenino y b) la inminencia de que todo por servir se acaba. Y que aparentemente se acaba cuando pasas de las nubes a las llamas.

\*

La combustión es una reacción química en la que una sustancia se combina con oxígeno y libera calor y luz. Para que exista, se necesita un combustible (como madera o gasolina), un comburente como el oxígeno y una fuente de calor suficiente para iniciar este fenómeno. La combustión puede ser completa cuando hay suficiente oxígeno y se generan dióxido de carbono y agua o incompleta cuando el oxígeno es escaso y se producen sustancias como monóxido de carbono y hollín.

\*

Al fuego le tiene sin cuidado si lo que se quema es orgánico o inorgánico o si se trata de alguna criatura viva o de una fibra textil: polvo es lo único que queda después de atravesarlo. Incluso las cenizas volcánicas son residuos de masas rocosas que se van fragmentando durante las erupciones; en el cráter, el calor desmorona las piedras como un mazapán. Emily Dickinson diría que el fuego existe primero como luz y luego se condensa o lo que es lo mismo: *donde quedan cenizas es porque hubo fuego, ¿o cómo era?*

Saber que un remanente se conserva una vez que las llamas se han apagado es señalar su destino como una consecuencia, pero jamás como un origen. Es muy simple: los cuerpos pueden mutar en ceniza, pero la ceniza no puede reagruparse ni vaciarse sobre el molde de la figura de lo que era antes para volver a erigirse como aquello que ya está calcinado. Su presencia es un síntoma de que antes existió algo; la prueba última de que una persona, un animal, un árbol o una mesa ocuparon un sitio en el mundo. También significa, nunca mejor dicho, que la materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma: no importa cuánto calor abraza al

cuerpo en cuestión, éste jamás se disolverá del todo ni desaparecerá de la tierra. Sólo habrá pasado a convertirse en un talco gris o negruzco que podrá ser esparcido en un lugar bonito y/o paradisiaco si bien le va.

No estoy muy segura de cuánto tiempo hemos dedicado a pensar en la ceniza como un efecto de la existencia material más allá de los ritos funerarios, pero lo cierto es que entendemos que se trata de un vestigio. Esto último tiene sentido si sostenemos que, en efecto, cuando algo cambia a ese grado no existe un punto de retorno. La pérdida es un hecho irreversible cuando lo que conocíamos se desprende de su forma original y se desintegra al paso que avanza el fuego. Incluso, aunque no estemos presentes en el momento exacto de la incineración de un ser o de un objeto, somos capaces de imaginar el ardor y la humareda que sucedieron para transformar a los cuerpos en su forma final, si es que a eso podemos llamarle realmente una forma. Testigos o no de la quemazón, nuestra certeza es que no se ha inventado remedio alguno para devolver la materia a su estado original y ante eso no hay más respuesta que la resignación.



## Candela

[Fotografía 02: caballo-mecedora quemado]

Los seres orgánicos, incluyendo los seres vivos, comienzan a descomponerse por el calor a partir de los 200 o 300 grados centígrados, aunque la conversión completa en cenizas ocurre a temperaturas mayores. En una cremación regular, las llamas deshacen las fibras humanas y animales a temperaturas que van de los 750 grados hasta arriba de los mil grados: los tejidos blandos se evaporan y los huesos se calcinan, dejando fragmentos óseos y cenizas. Para terminar de reducir los huesos a polvo, se requiere molerlos. Las plantas y la madera se queman más o menos a partir de los 300 grados centígrados, aunque su combustión completa ocurre a partir de los 500 grados. Dependiendo de su composición, otros materiales orgánicos tienden a carbonizarse primero y luego a reducirse a cenizas más o menos a partir de esa temperatura.

\*

La domesticación (que no el *descubrimiento*) del fuego se considera el momento cumbre en la evolución, lo cual resulta muy curioso si consideramos que, aunque los seres humanos aseguren que tienen poder sobre él, al final de cuentas éste actúa como lo desea. Basta un cambio en el aire, un descuido mínimo con un cigarro o una mala instalación eléctrica para que todo reviente.

El fuego, además, ha sido protagonista de incontables historias vinculadas con la creación, la destrucción, la purificación y el conocimiento prohibido: en Grecia, Prometeo desafió a Zeus robándole el fuego para dárselo a la humanidad y así desarrollar la civilización; para los mexicas, Xihuitcuhli, representado por un rostro entre amarillo y rojo, era el dios del fuego y del calor. Cada 52 años celebraban una fiesta para honrarlo en la que encendían una lumbre en el pecho de un sacrificado para asegurar su derecho a continuar vivos.

Juana de Arco, procesada y acusada de herejía fue quemada viva a los diecinueve años en la plaza pública de Ruan y declarada mártir e inocente de cualquier cargo muchos años después. La quema de brujas fue una práctica común en Europa y América entre los siglos XV y XVIII. El castigo de la hoguera se sustentaba en la idea del fuego como método de purificación de las almas pues se creía que, al acabar con el cuerpo físico, éste se liberaba de la influencia demoniaca.

También se han quemado libros y se han hecho libros sobre libros que se queman: de la biblioteca de Alejandría se cuenta que ardió como una fogata monumental que no sólo acabó con siglos de saberes, sino que

incineró también los nombres de estudiosos y letrados que pasaron a las urnas del olvido público; años después, los nazis repitieron la escena a su manera. Armaron su propia purga incendiaria acabando con las ideas de quienes consideraban sus enemigos intelectuales. Y en un mundo distópico —pero poco alejado de estas efemérides— Ray Bradbury imaginó hojas, lomos, pastas duras y blandas calcinándose a 451 grados Fahrenheit por causa de los bomberos.

El fuego nunca ha sido dócil: lo mismo ha servido para iluminar que para borrar. Todo depende de las manos que lo enciendan.

\*

Las llamas tienen su propio verbo: *crepitar*, que alude al sonido seco y repetitivo que producen las cosas cuando están ardiendo. Se asemeja un poco al ruido que desencadena un montón de hojas secas mientras se van quebrando bajo nuestros pies. Esa música del fuego ocurre mientras sabemos que algo se está consumiendo. Las flamas, figuras danzantes que se alzan en todas direcciones, se convulsionan como si quisieran escaparse, pero no se van. Necesitan aferrarse a su combustible para seguir viviendo. El asunto con el fuego es que, igual que en las historias que nos hemos contado por años, éste puede provocar lo mismo una destrucción masiva en un incendio forestal que significar un tratamiento necesario para que el suelo se resane y dé nuevos frutos. La única constante es que, cuando la materia se quema, nos hallamos ante un ciclo, un proceso que demanda algún tipo de alteración, pero inevitablemente, también una pérdida.

46



## Caballo

[Fotografía or: caballo-mecedora en llamas]

En términos muy estrictos, los materiales inorgánicos no se convierten en ceniza, sino que se funden o se vitrifican. No lo hacen de la misma forma que los componentes orgánicos porque no contienen carbono que se pueda volatilizar o quemarse por completo. Los metales se funden o se oxidan. Por ejemplo, el magnesio, al entrar en contacto con temperaturas muy altas, genera desperdicios parecidos al polvo, mientras que las piedras calizas dejan residuos sólidos como la cal viva a través de su paso por un horno para el que, por supuesto, se necesita un combustible que genere el fuego.

\*

Tengo frente a mí una serie fotográfica de un caballo-mecedora incendiándose a la mitad de un bosque. En la primera imagen, las llamas suben con violencia, supongo que es porque se trata de un objeto de madera, potente conductor del fuego; en la segunda, la madera se muestra ya ennegrecida por la combustión y casi se percibe el olor a quemado. La escena final la compone lo que queda de la base del juguete y una mancha de polvo negra rodeándolo. Es una serie muy sencilla porque muestra pocos elementos y, sin embargo, resulta poderosa y atractiva. Me dan curiosidad muchas cosas sobre ella: la motivación detrás de las fotografías; la técnica de producción; el número de personas que se reunieron para decidir la locación, conseguir y preparar el caballo; elegir el combustible para alcanzar el efecto deseado y el tiempo que tardó en producirse la serie. ¿La habrán repetido? ¿Sólo había un caballo o tenían uno de repuesto? ¿Querían que la flama tomara alguna dirección particular? ¿Les habrá favorecido el viento?

En su poema “*The old rocking horse (in the lumber-room)*”, Violet Fane habla de un viejo caballo-mecedora que permanece olvidado en un trastero. Su historia es nostálgica: nadie ha jugado con él desde hace treinta veranos e inviernos; ya nadie lo cuida ni lo alimenta con heno. Como la muñeca fea, confinada a un rincón, este juguete comparte un destino parecido: sólo lo acompañan los ratones y las polillas, sus únicos jinetes, mientras comparte habitación con una vieja linterna, un cisne disecado, un tambor y botas para la nieve. Un cúmulo de objetos que fueron importantes en otra vida, pero que ahora permanecen en las penumbras:

El techo está tan oscuro con telarañas,  
la ventana tan cubierta de mugre,

47


que sólo distingue  
por los graznidos de los cuervos  
la mañana del anochecer

En su poema, Violet apela a la memoria del caballo, segura de que sabe quién usó la cometa, la cuna y la silla que también lo rodean. A pesar de cargar con este peso, nos dice, se mantiene erguido; los buenos tiempos ya no existen y esto es todo lo que le queda: nada más que mantenerse firme y contemplativo.

Cuando un objeto se guarda en un armario o en un depósito hacemos magia: sale de nuestra vista. Pero, como todo truco, no lo eliminamos por completo, sólo falseamos su desaparición. Hay algo muy placentero en envolver con plástico o acomodar en cajas lo que queremos obviar. En la mayoría de los casos, lo hacemos porque deseamos conservar las cosas por su valor o por el recuerdo que nos representan, pero, en el fondo, nos hace falta aceptar y, sobre todo, verbalizar, que ya no queremos verlas más. Que en muchos casos sólo pasarán a ocupar espacio y no volveremos a ellas como lo imaginamos.

Es una ambivalencia: por un lado, ya no nos es soportable ni permisible tener el objeto a la vista, pero por el otro, no reunimos el coraje suficiente para dejarlo ir. Sólo prolongamos lo impropio. Tarde o temprano eso que guardamos va a cambiar de dueño, ya sea por donación o por eliminación (como forma eufemística de decir que lo vamos a tirar a la basura). Pero es que ¿de dónde se puede tomar valor para deshacerse de algo que significó momentos importantes en nuestro camino? La carga que poseen los objetos o, mejor dicho, que les imponemos, es pesada igual que el caballo de madera de Violet Fane porque se les acumulan dentro las horas que pasamos cerca de ellos; los lugares a los que nos acompañaron; el momento en el que los adquirimos o las personas a quienes nos recuerdan. Creo que por eso nos resulta mejor la técnica de guardar en lugar de tirar. Al menos es una solución temporal que nos garantiza algo de paz en la cabeza.

A diferencia de este proceso, en el que al final del día tenemos al menos una vaga idea de dónde fueron a parar las cosas almacenadas, cuando un cuerpo o un objeto se queman, el mayor problema es que no podemos revertir el hecho. Una vez que se ha quemado algo, se pierde para siempre en su naturaleza original. Es un tipo de pérdida muy gráfica. Como el caballo de la serie y lo que queda de él en la última imagen, las llamas se llevan su balanceo, el crujir de la madera cuando fue montado, las y los niños que fueron sus dueños; deja de ser un juguete y se convierte en el símbolo del final de una época. Se muere definitivamente la niñez y no hay forma de traerla de vuelta.

En el juego de mi infancia, ser polvo significaba tener que ser barrido. Ser el sobrante. Pero creer que la ceniza es solamente escombros que merece ser limpiado parece una manera injusta de anular por completo la realidad material de la existencia previa y de ignorar su valor intangible. La pulverización no es sinónimo de negar que antes hubo una presencia. Es, en todo caso, quizá la única evidencia que tenemos de que existe la renovación. El fuego engulle la materia y escupe las cenizas, pero igual se alimenta de lo que no vemos. Nuestros recuerdos también son combustibles. Y sólo queda no olvidarnos de que tampoco ellos se destruyen. Sólo se transforman. 



La chispa de este ensayo la encendió el taller "Escribir con los ojos" impartido por Marina Azahua y gestionado por Chilango Letras en enero de 2025. El combustible fue esta serie de imágenes, que pertenecen a la colección *Stills and motion* del artista Xavier Tavera: [xaviertavera.com](http://xaviertavera.com)

**Xóchitl Tavera** (Morelia, 1987). Estudiante del doctorado en Lingüística en El Colegio de México, comunicóloga y profesora. Ha publicado en revistas como: *Nexos*, *Casapaís* y *Capítulo 73*. Becaria PECDA Michoacán 2025-2026.

# Anatomía de una cama

Cassandra Gómez

Una cama nace, crece, se reproduce, pero nunca muere.

\*

Marcel Proust y Mark Twain escribieron gran parte de su obra en la cama. Un asma severo hizo que el autor de *En busca del tiempo perdido* encontrara en la horizontalidad la fluidez de una respiración que sus pulmones no le permitieron, pero sí las letras. Twain, por su parte, dictó miles de palabras bajo el amparo de la sábana y la colcha. Lo mismo Juan Carlos Onetti, quien sólo abandonaba el colchón en el mes de agosto para *darle gusto a Dolly*, su cuarta esposa. Dicen que su escritura siempre fue horizontal.

\*

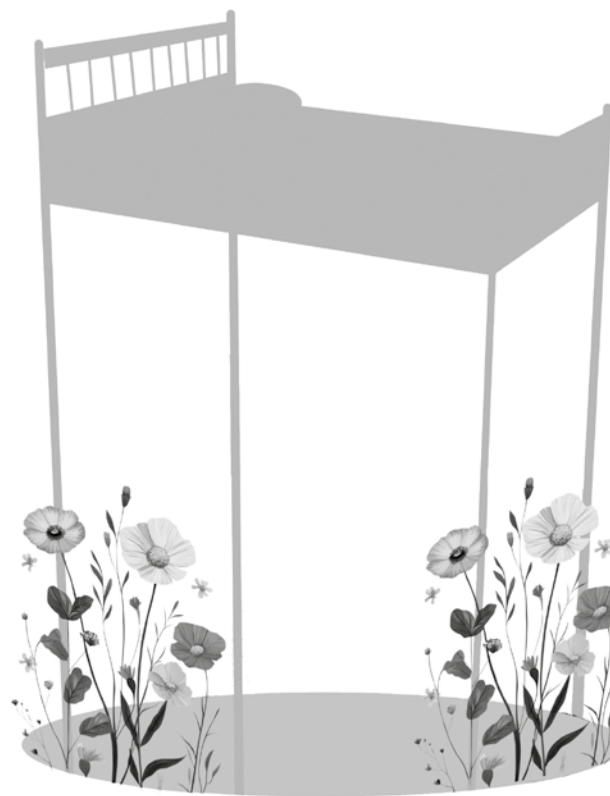
Mi abuelo pasó gran parte de sus últimos veinte años en la cama. No por enfermedad, sino por elección. Tras ser pensionado, lo primero que hizo fue comprar un colchón *king size* y colocar una televisión enfrente. Para él, sus “agostos” se daban únicamente en algún cumpleaños o en la hora de la comida. Fuera de eso, pasar sus días tumbado en la cama se convirtió en la constante familiar.

A la tarde noche, luego de las labores domésticas, mi abuela lo acompañaba. Justo cuando comenzaba *Lo que llamamos las mujeres*. Cada uno ocupaba un extremo de la cama, dejando en evidencia el espacio en el centro que más de cuarenta años de relación habían acrecentado.

Mi abuela siempre hablaba y él sólo asentía con la cabeza.

\*

La cama nació para dar descanso al cuerpo. En el mejor de los casos, después de un largo día de trabajo, nuestras vértebras agradecen al



colchón que aguarda en silencio bajo las sábanas. Aun cuando la cama es rígida y sus resortes intentan huir, encontramos en el lecho el escape a lo onírico. Los más afortunados, o no tanto —todo depende de cuál sea la circunstancia—, pasan más de un tercio de la vida en ella, según afirma Georges Perec.

La cama es la única compañera que nos recibe sin reproches. No le importa con quién compartimos nuestro cuerpo ni los olores que emanamos. Guarda los recuerdos y fantasmas que transitaron por ella. Desde su nacimiento, ve pasar un sinfín de personas; la tocan, meten las manos por debajo de sus costuras para rellenarla; se recuestan sobre su piel acolchonada, brincan, dejan rastros de saliva; los bebés la orinan y crean manchas. Se conciben vidas. También se pierden.

\*

De los seis a los doce años, ocupé el espacio en medio de mis abuelos. Como ellos, disfrutaba de la horizontalidad del atardecer mientras

veíamos programas de trivias o concursos de canto en la tele. Mi infancia tuvo lugar en una cama compartida por tres.

Luego llegó primer mi colchón, una herencia de mi bisabuela. Hasta entonces conocí ese *espacio individual* por excelencia que tanto gusta a Perec.

\*

Un colchón llega a su edad adulta luego de amoldarse al cuerpo que lo habita todas las noches. Los primeros días es duro. Tarda en adaptarse a las sábanas y colchas que han de vestirlo. A veces uno de sus lados es incapaz de sostener la sábana de cajón y por las mañanas amanece desnudo. De niño, le cuesta aprender a no deslizarse de la base. Tal vez sólo quiere aprender a caminar.

\*

Escribo este ensayo también desde la horizontalidad, pero —a diferencia de mi abuelo— elegí el movimiento de la hamaca. Me gusta el vaivén de los hilos movedizos adaptándose a mi cuerpo y a mis palabras. Me gusta saber que mi cuarto propio se construye en el exterior; que la cama no se encuentra atada al espacio doméstico ni al arnés de una base.

Sólo dos ganchos sostienen mi cama y mi escritura.

\*

Hay una historia que me causa mucha gracia: un hombre le escribe a Sophie Calle y le pide compartir cama. Ella, con su característico sentido del humor, envía su colchón con todo y base hasta la ciudad en la que vive él. Sophie entiende muy bien que la cama no tiene la obligación de vivir enclaustrada.

En otra ocasión, prestó su cama a desconocidos y los fotografió mientras dormían, dando como resultado la serie fotográfica *The Sleepers* (1979). Años más tarde, el 5 de octubre de 2002, colocó un colchón en la cima de la Torre Eiffel y escuchó las historias de las personas que pasaban para mantenerse despierta.

La cama se mostró como un espacio movable capaz de compartirse con el mundo. Pasó de ser un simple artefacto condenado a lo doméstico a ser la protagonista.

Me gusta pensar que ese día la cama aprendió a usar su boca, controló sus esfínteres, tuvo fantasías sexuales con su dueña. Aprendió también a mesurarse; sólo cuando salió de casa, descubrió de nuevo el placer.

\*

Joan Didion también ha pasado largos periodos escribiendo en cama. Luego de violentas migrañas, este espacio rectangular se convirtió para ella en detonador de la palabra. Leo todos estos casos y me es imposible desvincular la enfermedad con la cama y el acto creativo. Mientras el cuerpo pierde fuerzas, la palabra parece ganar.

Sin embargo, en sus últimos días, a mi abuelo la cama fue quitándole de a poco la palabra. También le arrebató la carne y, en su lugar, dejó llagas. Apenas escuchaba un balbuceo en agonía. No sé exactamente cuándo se llevó consigo a su conciencia. Hay días en los que me gusta pensar que escuchó cada cosa que le dije o leí; otros, en los que deseo haberle hablado a una carcasa vacía, a un cuerpo que tardó un poco más en irse con él.

\*

En los comerciales de colchones nadie habla de los cuerpos enfermos. Son cómodos, pero nunca lo suficiente para pasar más de doce horas sobre ellos.

Me pregunto si los osos que prueban estos colchones en los comerciales realmente serían capaces de hibernar sobre ellos. ¿O es que nos hace falta más cuerpo de oso?

\*

Perec decía que las camas son el lugar improbable del arraigo. Pero a veces siento que mi abuelo entrenó la mitad de su vida para soportar las semanas suspendidas en las que su cuerpo por fin pudo enraizar con el colchón.

\*

¿Proust, Mark Twain u Onetti lograron transformar su piel en la de un oso?

\*

Los colchones, desde su creación, han aspirado a la longevidad. Aun así, existen formas de prolongar su, ya de por sí, extenuante vida. Para ello fueron creados los protectores impermeables. Unas sábanas acolchonadas cubiertas de plástico cuya función es evitar que los líquidos se filtren entre las fibras del colchón.

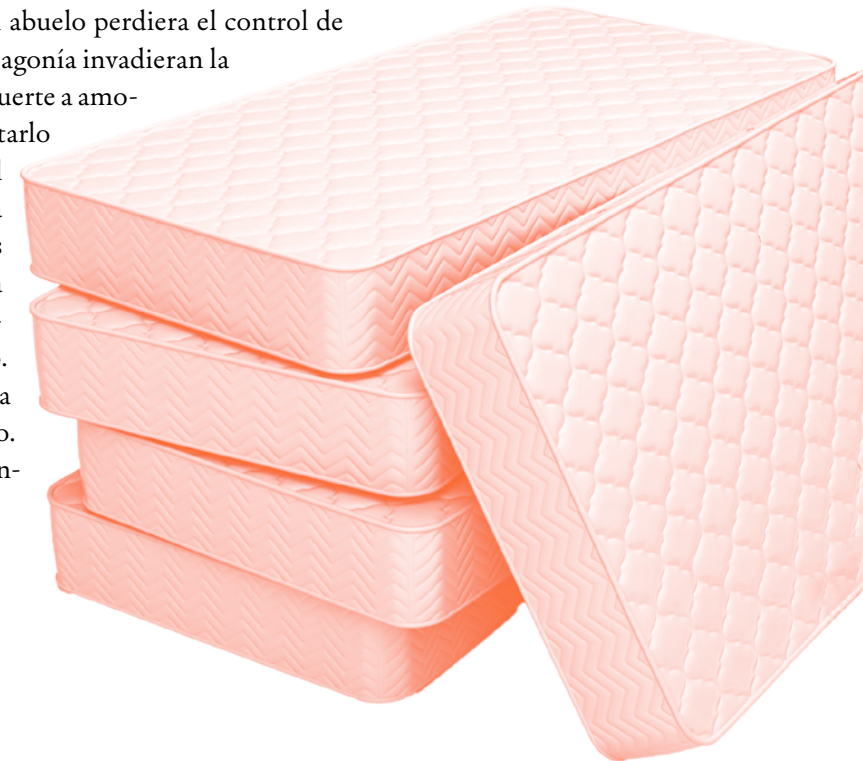
Cuando me mudé sola, el primer regalo que me hizo mi mamá fue un protector para la cama. El colchón que me llevé a mi nueva casa había pertenecido a ella y, con la promesa de que podría durar más, mi madre me pidió que lo protegiera con esa sábana plastificada. Lo hice, pero tener bajo mi cuerpo esa tela impermeable me daba la sensación de ser una intrusa que no merecía tener contacto con la piel del colchón.

\*

Aunque nadie lo diga, los cubrecolchones están relacionados con la enfermedad. Luego de que mi abuelo perdiera el control de su cuerpo, de que los gritos de agonía invadieran la habitación, junto con un olor fuerte a amoníaco, mi madre decidió levantarlo y colocar un protector sobre el colchón. Al inicio, yo no podía creer que para ella fuese más importante cuidar una cama que el dolor que mi abuelo enfrentaba en cada movimiento. Más tarde comprendí que ésa era la forma de guardar su recuerdo.

A veces es mejor no tener contacto directo con el colchón.

\*



Los objetos en muchas ocasiones sirven para evidenciar las ausencias. Pienso en la cama casi desnuda que nos muestra Lila Avilés en *Tótem* (2023). Luego de varios días de agonía, es un colchón cubierto por un protector lo que nos revela que Tonatiuh ha muerto. La cama ya fue despojada de las sábanas y del personaje, pero por alguna razón no del plástico blanco.

Sólo quien ha visto ir de a poco un cuerpo, reconoce en esta imagen la presencia de quien por fin ha partido.

Es difícil comprender las decisiones que alguien toma cuando un familiar comienza a despedirse de su cuerpo y de los demás cuerpos que lo rodean. Más cuando su despedida está privada del lenguaje. En ocasiones, proteger un colchón es la única forma de preservar el recuerdo de un padre, de una madre, de un abuelo. Sabemos que, con el tiempo, las memorias pueden desvanecerse, pero con el debido cuidado los objetos pueden prolongar su vida. Buscamos que permanezcan a nuestro lado lo más posible, porque son una extensión de la persona que extrañamos.

\*

Los antepasados del colchón moderno llegaron 3600 años antes de nuestra era. Eran pieles de cabra rellenas de agua. Luego, sus vísceras dejaron de ser líquidas y se volvieron lana, ahora tenían el trabajo de calentar los cuerpos. En el siglo XIX, les crecieron resortes en sus adentros, pero en la década de los cincuenta éstos fueron remplazados por una espuma capaz de recordar siempre su forma y olvidar la de los cuerpos que se posaban sobre ella.

La cama de mi abuelo era de resortes; nunca pudo borrar por completo de sí misma las figuras que el tiempo se encargó de asentar en su piel.

\*

No sabría decir cuántos colchones he recorrido, pero sí cuál fue mi favorito. En el colchón de mis abuelos lloré hasta quedarme dormida un sinfín de veces. También pasé largas tardes viendo la televisión o leyendo mientras ellos tomaban la siesta. Hice muchas de mis tareas de la primaria. Dormí ahí las noches que estuvieron de viaje y subí una que otra vez al perro mientras no estaban.

El día que mi abuelo cayó en cama, volví a ser la niña que se acostaba en medio. Vimos la tele, platicamos y me prometió hacer costilla en salsa de chile seco para la navidad que estaba próxima a llegar. Luego se quedó dormido y ya no volvimos a hablar nunca. Nos despedimos


con el ruido habitual de fondo de la televisión y la suavidad del colchón que nos vio construir recuerdos que serían resguardados por una sábana plastificada.

\*

En la antigua Grecia, se erigían colosos sobre las tumbas de aquellos que merecían ser recordados. A diferencia de lo que se podría creer, el coloso no es una imagen que representa al muerto, sino un doble, como un muerto lo es del vivo. Los colosos tenían la característica de ser una figura pétrea y fija, imposibles de transportar. Se volvían el doble inamovible del que partió.

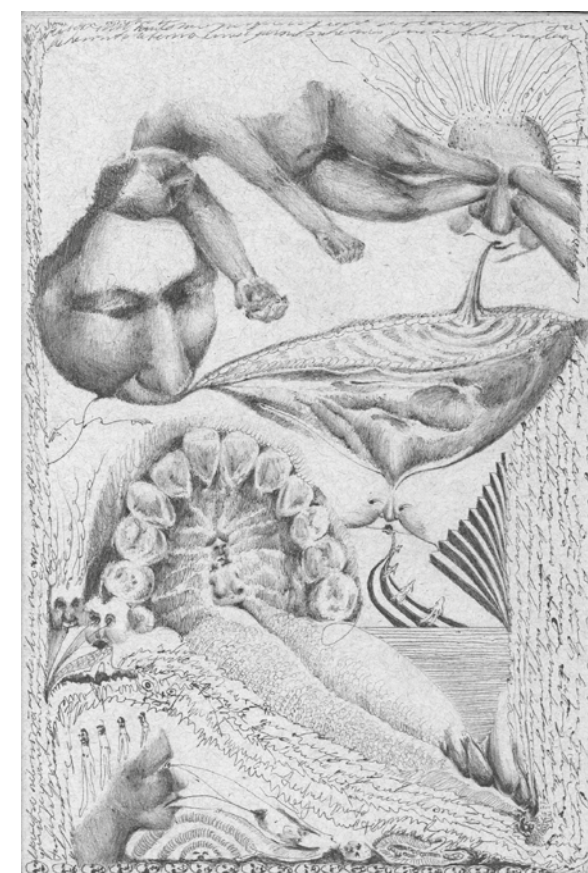
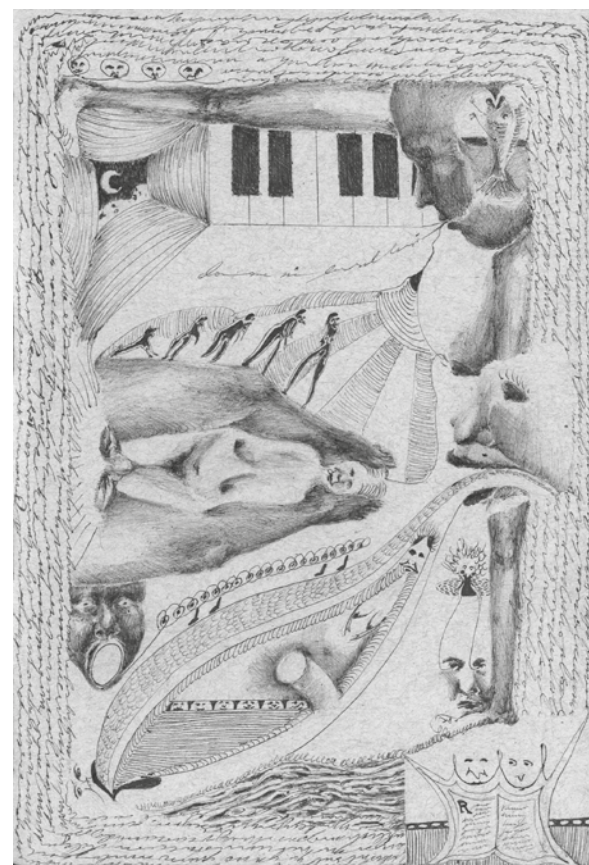
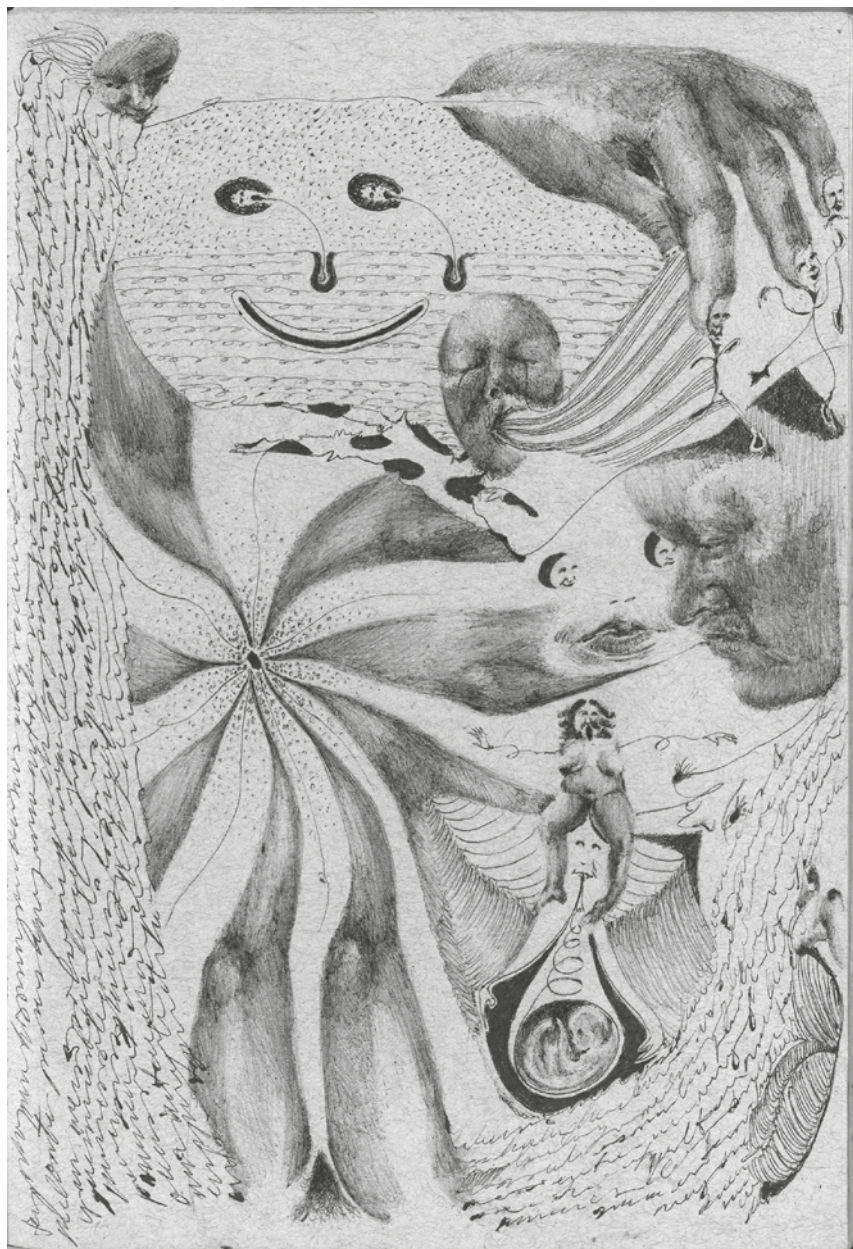
De todos los hombres en mi vida, mi abuelo es el único que valía la pena ser recordado, pero no fue posible construir un coloso sobre sus restos. Todos nuestros recuerdos de él se resumieron en una pequeña urna que abandonamos en el nicho de una iglesia, en la que fue imposible colocar siquiera algo que lo representara. Sin embargo, no nos dimos cuenta de que él mismo erigió su propio coloso antes de irse. Sobre la cama que se niega a morir y sigue en el mismo lugar que un día mi abuelo eligió, aún crecen recuerdos, se crean nuevas vidas y a veces yo voy y escribo.

\*

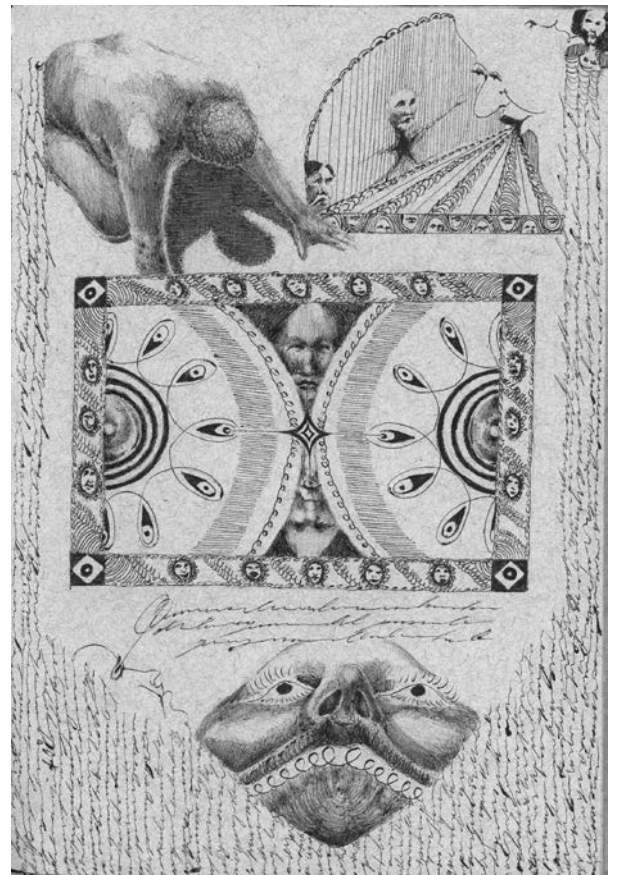
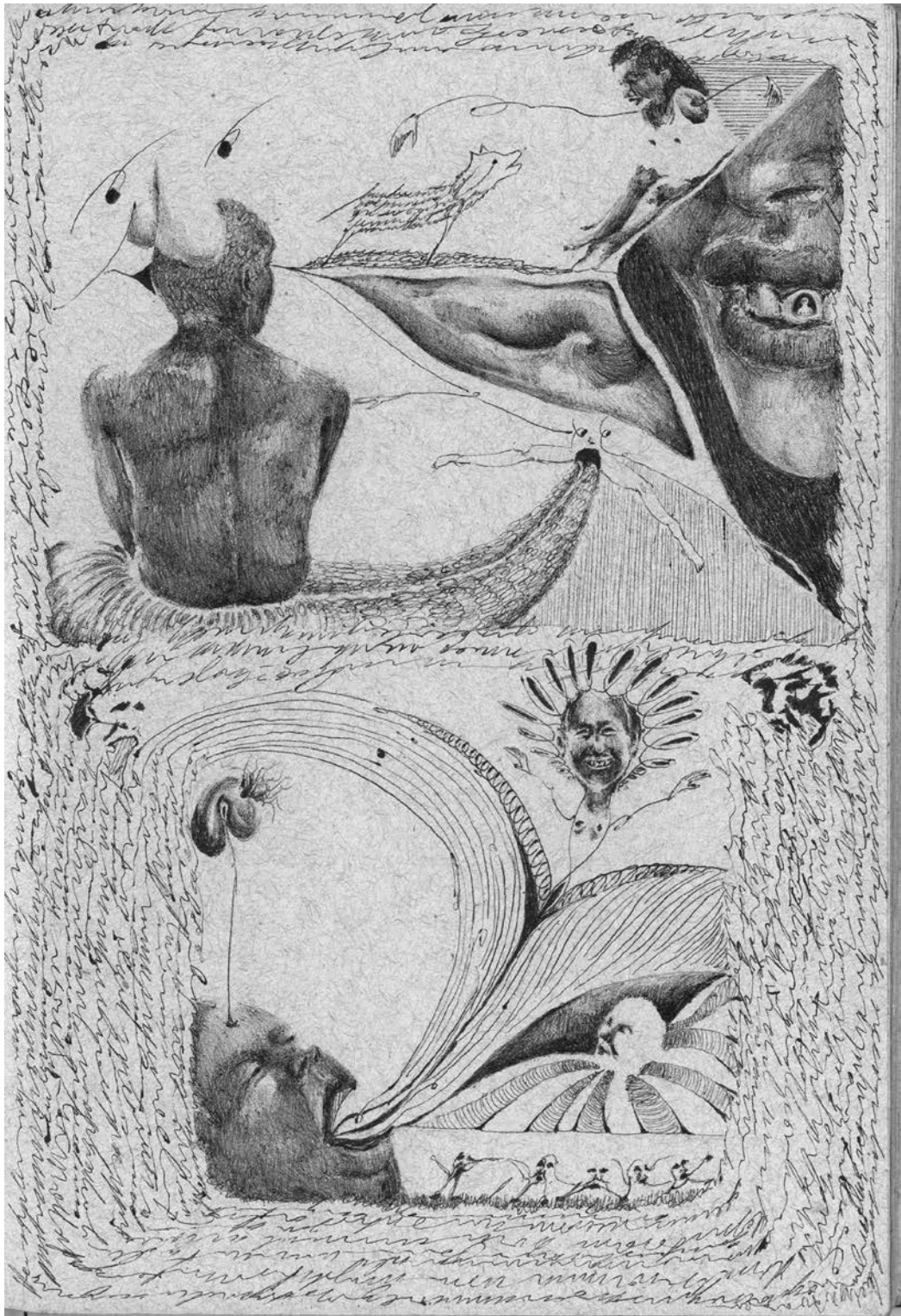
Si dos colchones individuales se reproducen de forma horizontal, dan vida a una cama *king size*. 

# Cursiva

Verónica Mejía



**Verónica Mejía** (Distrito Federal, 2000). Artista visual y escritora. Actualmente estudia en la ENPEG "La Esmeralda". Obtuvo el primer lugar en gráfica del Concurso 55 de Punto de Partida. Fue seleccionada para la antología *Cartas a Rosario* (2025) y para la residencia literaria Bajo la Pirámide, bajo la tutoría de Carla Faesler y Álvaro Enrígue (2025). @veronica\_\_mejia

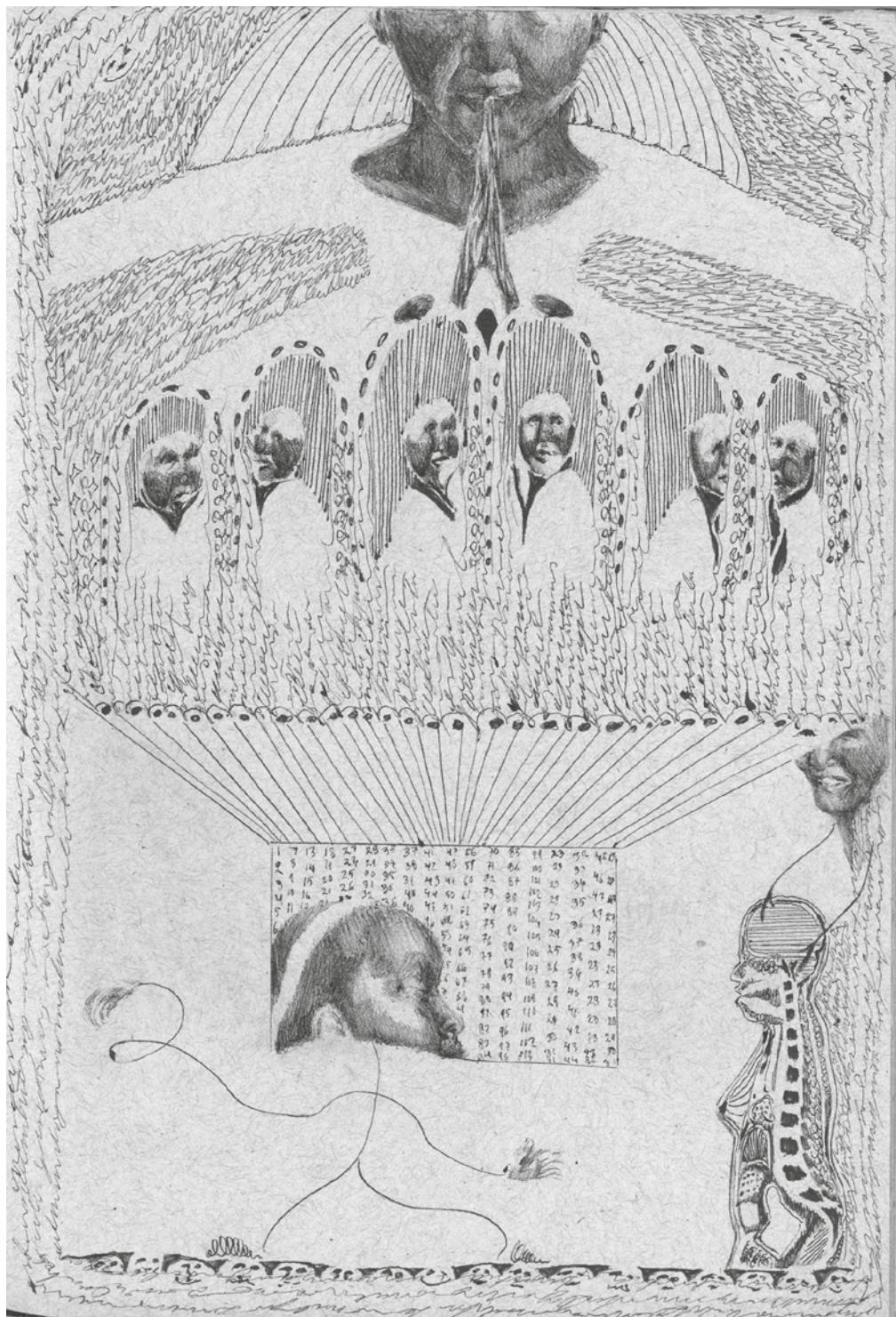


# Adultos chiquitos

Oscar Rodrigo Ramírez



Oscar Rodrigo Ramírez (Puebla, 1998). Trabaja desde el dibujo para contar historias personales que se entrelazan con el contexto actual retomando valores estéticos del arte moderno mexicano. Ha trabajado en teatro, ilustración de cuentos y producción de obra para exposición.







# El demonio y la charanda

Ángel Rodríguez Soto

*Pero con el ser humano ocurre lo mismo que con el árbol: cuanto más intenta elevarse hacia la altura y la luz, con más fuerza luchan sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia la oscuridad, hacia lo profundo, hacia el mal.*  
**Así habló Zaratustra, Friedrich Nietzsche**

## El diablo triste

Lo primero de lo que me hice fue de una máscara de diablo para anclarme a esta tierra que falsamente considero mi terruño. La compré a los artesanos del lago de Pátzcuaro, sin saber que ese diablo de rostro triste típicamente se talla en Jarácuaro, uno de los pueblos p'urhépechas de la región lacustre que ha dejado de ser isla, donde las vacas pastan como jesucristos, caminando sobre el agua que encharca los pastizales, y recuerdan la grandeza de lo que alguna vez fue o del imperio que en él habitó. A diferencia de las máscaras de Tócuaro, este diablo triste tiene arrugas hechas con martillo y cincel y una nariz angulosa. Esos recursos alejan a estas máscaras de las más realistas de la zona de La Cañada o Sevina. Estas máscaras prefieren el expresionismo heredado de la gráfica popular y evidenciar su carácter de artificio y el material bajo la pintura escarlata, probablemente madera de aguacate o copalillo. A ese diablo le puse, junto a los cuernos, plumas de zopilotes, cuervos, garzas y lechuzas que he ido recolectando a lo largo de tres años. Ahora parece más un fauno, o un sátiro, o el discípulo malogrado de Pan, el dios griego. Una forma curiosa de personalizar a mi demonio interior, patético y bestial al mismo tiempo: nota aparte para mi psicoanalista.

Cuando alguien me sugirió hacer un texto para un diario local, le hice una entrevista a la heredera de una colección de máscaras; no me consta que se haya publicado, la única comprobación hubiera sido recibir por el texto el pago, pero eso es algo que únicamente ha ocurrido en mis fantasías, en las que soy un escritor de la revista *Rolling Stone* y pago el crédito de un departamento bajo el segundo piso del Periférico. Recuerdo que cuando le pregunté a la mujer sexagenaria si de niña

jugaba con aquellas máscaras, la memoria le brotó a través de los poros como hilos del recuerdo de la niña de siete años que se asombra de las flores bordadas por las mujeres indígenas mientras ella se manchaba de mole la playera. Estela, su madre, en el asiento del copiloto, y su padre, de origen chileno y libanés, al volante. En el asiento de atrás, ella viaja con su hermana peinando las barbas de una máscara de diablo como si fuera una de sus Barbies. Era el final de la década de los sesenta cuando aquella familia viajaba a las comunidades indígenas de Guerrero, Zacatecas, Michoacán, Chiapas y San Luis Potosí; la década en la que se interesaron por adquirir, primero, máscaras de los tecuanes de Guerrero para satisfacer una simple inquietud estética. Luego, el ansia intelectual del padre se sumaría a la adquisición de máscaras rituales de todo tipo y de distintas regiones hasta que formaron una colección de más de 4,560 piezas, de las cuales 146, originarias de Michoacán, se expusieron en Pátzcuaro en 2022; entre ellas, la máscara de un toro, bailada en Tarímbaro, que me arrojó a pensar en los mitos grecolatinos y africanos ocultos bajo ella.

Mamá es michoacana. Bueno, si le preguntan, a ella le gusta decir que es de Jalisco. De Jilotlán, lugar de elotes tiernos, como los que se necesitan para hacer los uchepos que a ella le gusta comer. Su propio paraíso perdido es esa región alta, boscosa y fría que mis familiares abandonaron, como personajes rulfianos, para descender y sepultarse en la tierra caliente michoacana. Tepalcatepec, tierra de un dramaturgo (Sergio Magaña) idolatrado en Rusia, traficantes y alacranes güeros. En náhuatl: cerro de las vasijas rotas. Nunca miento cuando me preguntan de dónde soy, pero debería. *Soy chilango*, siempre respondo, *de donde son los Panchitos, carnal*. Aunque en el fondo debería decir soy tan michoacano como tú, porque en mi familia también nos

punza el corazón con las arterias obstruidas de bilis negra, porque también mi familia ha sido mutilada por la violencia ancestral que habita esta región del mundo. A mi bisabuelo lo mataron en la Revolución; a mi abuela, su padrastró le quitó las tierras que legítimamente le pertenecían; mis tías murieron de embrujo, tristeza y enfermedades renales; a un primo de mi edad lo mataron afuera de su vinatería por negarse a pagar derecho de piso y a otro, más joven, lo asesinó un policía en una celda de una cárcel de Kansas haciéndolo parecer un suicidio. En California, mi mamá cuidaba a su hija de cuatro años que también es hija de otra prima huérfana. Familiares como personajes sacados de una obra de teatro del también rulfiano Sam Shepard. El dolor de Michoacán también migra, *primo*.

## Hay que volver a nacer aquí

Llegamos a Tócuaro buscando a Felipe Horta, un afamado maestro mascarero de la región. Una amiga me había invitado a sumarme al recorrido que le daría a un visitante por algunos pueblos del lago. Me gusta cómo el color del cielo despejado, cuando no es temporada de lluvia, también se ve reflejado en los tonos de la milpa ceniza y el color de la hierba. Y aunque la mayoría de sus artesanos trabajan en casa, los letreros del pueblo rezan —bajo ese silencio pétreo que caracteriza la ribera—: “Tócuaro, famoso por sus máscaras”. El primer lugar que visité, quizá el único taller público, fue el de los hermanos Tera. En ese momento no sabía que eran celebridades de la región. Uno de ellos, con camisa y mandil, nos invitó a pasar aun sabiendo que no seríamos la clase de turistas que se encuentran entre sus clientes, por el precio de sus productos. Al entrar también nos dimos cuenta de ello. De los hermanos Tera, igual que en esas dinastías de músicos o actores como los Hermanos Marx o de luchadores como los

Hermanos Dinamita —todos con rasgos distintivos: uno calvo como franciscano, uno con un bigote espeso de oruga y otro con el cabello entrecano como un zorro o un pastor belga—, no queda claro qué jerarquía ocupa cada uno. Sin embargo, pronto se entiende que aquello a lo que se dedican coquetea con el aura de un espectáculo de magia que en este caso los acerca mucho más a *lo divino*. Ellos son maestros de la restauración de arte sacro y la carpintería y la talla de maderas finas.

El más comunicativo de los tres, el del cabello platinado, nos hace pasar a ver el taller y nos explica sobre la delicadeza de su trabajo. En cada corte con los formones, en el polvo que se desprende de la lija y en cada capa de pintura, se corre el riesgo, entre lo supersticioso y lo fatídico, de estropear a un ídolo en el que se depositan los anhelos y la esperanza de sanación y bienestar de un pueblo arrojado a la fe y no a la riqueza material. Luego, cuando les pregunto por las nuevas generaciones de aprendices del oficio, el hermano que había dejado de tallar la figura de la Virgen rompió su concentración para responderme que los más jóvenes preferían vivir en otro lado, tener una profesión...o que *los muchachos que vivían en el pueblo preferían trabajar en el aguacate porque ahí siempre hay una buena paga semanal de unos ocho mil pesos; en cambio en este oficio hay que esperar a vender una pieza y eso tarda a veces semanas, otras, meses.*

—¿Y no le enseñan a otras personas?

Al unísono, los tres responden con un chasquido que trata de contener una reprimenda:

—Es imposible, nosotros aprendemos a trabajar la madera desde el vientre de nuestra madre. Para hacerlo hay que volver a nacer aquí.

### Gente que se confunde entre los árboles

Para tallar la madera hay que usar todo el cuerpo, como un púgil hay que pensar en la trayectoria

del puño y empujar con el tríceps y la cintura el *uppercut*, sólo que en la talla de madera hay que hilvanar el tajo con la esquina de la navaja para hacer un corte exacto y limpio. Vengo en motocicleta a Pichátaro, lugar donde la gente se confunde con la madera del bosque. Ésta aún es una zona alta y fría porque hay menos urbe, pero por lo tanto también hay más tala clandestina. Si se toma la desviación que se encuentra justo antes de llegar a Erongarícuaro, uno puede, pese a la cantidad de huertos y basura en las orillas del camino, adentrarse en una de las carreteras más bellas por el paisaje del lago a sus espaldas, y del bosque al frente y a los costados. Eso, y una soledad cuya tregua sólo se rompe por la mirada de los perros flacos y los trabajadores de los huertos, llenos de desconfianza. Éste es el camino para el tráfico de pino y el paso de “La maña”, de Erongarícuaro a Uruapan y Zamora.

El maestro Manuel Valencia no es de Pichátaro, él es de Sevina, “enclavada en el corazón de la meseta p’urhépecha”. El maestro Manuel Valencia Chávez heredó desde los doce años el oficio de mascarero de su padre Clemente Valencia, pero el mascarero, como el dramaturgo, es un artista incompleto. Su trabajo no tiene como fin la decoración de un muro, sino que sólo cobra sentido en la representación escénica de los personajes que esculpe. Así, en la década de los ochenta el ahora Tata Keri (anciano respetado) comenzó a bailar y a estudiar para rescatar los bailes de Sevina.

Había oído del maestro y de su taller en Tzurumútaru (un pueblo contiguo a Pátzcuaro) por Carlos, un profesor de antropología originario al igual que yo de la Ciudad de México y, también como yo, de una colonia de pandillas punks, de Santo Domingo, territorio de Los Pañales. Recuerdo que era diciembre cuando lo encontré caminando junto a las vías en sentido opuesto a mí, cuando advirtió la náusea existencial que yo estaba sufriendo.

—Ya, te está dando el *patzcuarazo* —me dijo—. Es común, le pasa a muchos de los profesores de la universidad cuando recién llegan al pueblo. Al principio te sientes muy solo y te da vértigo, pero luego se te pasa.

Pichátaro fue el único lugar donde pude coincidir para tomar el taller del Tata Keri, Manuel Valencia, quien carga su caja de herramientas como peregrino entre camión y camión. Así lo veo descender del transporte público mientras yo espero sentado en una piedra al final del camino.

### Pensar con el cuerpo

Aunque las máscaras de madera llegaron a Michoacán principalmente como parte de las pastorelas para evangelizar a “los indios”, probablemente los esclavos africanos aportaron un valor distinto a los bailes y representaciones teatrales. Sin embargo, veo una similitud entre el teatro Noh japonés y las representaciones performáticas en Michoacán: los personajes son demonios, ancianos y mujeres, todos actuados por hombres. En este caso pienso que a los jóvenes varones sólo se les permite ser mujeres (Maringuías como la *Ko-Omote*), demonios (El diablo o No ampákiti como la *Hannya*) o viejos (Taré Uandari como los *Ko-jo*). Por alguna razón, la máscara de viejo muchas veces termina siendo una proyección rubia y de ojos azules —herencia del arte novohispano—, y si bien en las danzas carnavalescas se permite el traves-

tismo, detrás de la máscara de la Maringuía, la homosexualidad sigue siendo un tabú. Por lo que la figura del diablo termina siendo un símbolo más abrazado culturalmente por encima de otras máscaras hechas en Michoacán: viejos, Judas, africanos que chiflan, tecolotes, maringuías, kúrpites, vaqueros, leñadores, conquistadores corcovís, toros, etc.

Cuando conocí en Tócuaro al maestro Horta, él me preguntó si yo era tatuador. Lo negué explicándole que tenía tantos tatuajes

como amigos que habían encontrado en la máquina de bobinas un camino para su rebeldía. De inmediato entendí por qué me preguntaba aquello. Años atrás yo había visto máscaras japonesas y también máscaras de Guerrero y Michoacán colgadas en los estudios de conocidos a donde asistía a platicar, hacerme un tatuaje o beber cerveza. Felipe

Horta también pertenece a la segunda generación de mascareros de su familia y ha enseñado el oficio a su hija. Es un tipo sencillo con su perro sambernardo como única exquisitez y se aleja de las etiquetas del mundillo del arte. Luego de que el maestro Horta me mostrara su trabajo, me invitó a conocer su colección personal de máscaras que incluyen piezas de Bali, Japón, África y hasta del desierto de Arizona.

—Bueno, no eres tatuador, pero ¿conoces a Mauricio Pimentel? —me pregunta— Yo trabajé para una obra que él dirigió hace algunos años y me encargó unas máscaras.





▲ Rosalío García, *Símbolos*. Grabado sobre linóleo

El desarrollo estilístico del maestro Horta coquetea con una propuesta autoral que no deja de lado lo colectivo, y que ha sabido incorporar elementos de otras artes populares. Y así como lo han hecho objetos en cerámica o barro, que se nutren del imaginario de José Guadalupe Posada en otras expresiones artísticas, la gestualidad de los diablos de Felipe Horta abreva en la euforia de los alebrijes de Pedro Linares, por ejemplo. O del personaje de Barong en Bali o de murciélagos (*uátsicha*) característicos de la región lacustre, agregando, además, *akuítsecha* o víboras que, aunque pueden parecer símbolos bíblicos, también lo son de la cultura p'urhépecha, carentes de la carga moral que pudiera poseer el símbolo bíblico. Además, el acabado de su trabajo está hecho a base de pintura automotriz y cuernos con flamas que recuerdan el oficio del *pinstriping* usado por los clubs de motociclistas como los Hells Angels de los años sesenta.

A diferencia del maestro Felipe Horta, el trabajo del Tata Keri Manuel Valencia no sólo pretende el realismo sino que trata de preservar los estilos regionales, muestra de ello es el *Taré Uandari* o Viejito de Sevina, que es pálido y con chapas muy rojas, bigotes negros y tumbados como de revolucionario, y ojos azules.

A la hora de trabajar, el maestro Manuel Valencia talla máscaras con la facilidad de quien corta sandías o pela jicamas. He visto videos de maestros japoneses sostener las piezas de madera con los pies, pero él y sus aprendices lo hacen con la naturalidad de quien (con)funde su cuerpo y su conciencia con la madera. En contraste, yo debo trabajar mi miedo y ansiedad para que estos no contaminen la pieza. Al ver al maestro repaso la lección: se busca la simetría con intuición y se talla la madera, en particular las máscaras, con todo el cuerpo, incluido un dedo fantasma.

Cuando el taller no es un espacio para la conversación bajo la melodía de canciones pop

latinoamericanas, rocanrol clásico o música de banda —el maestro también fue baterista—, viene un silencio que se sincroniza con la bocina que se queda sin energía. Después de un rato se hace una pausa para beber Pepsi. El maestro es diabético y tiene una molestia en la pierna, pero igual come pan de dulce y toma Pepsi, como lo hacía yo con mi abuela en el cerro de Los Olivos cuando era niño. Otras veces comemos helados que el maestro Valencia nos invita. Los comemos afuera del taller, como niños en la cancha a la hora del recreo, mientras vemos pasar los camiones con madera.

Se supone que el Consejo Indígena sólo permite sacar un camión sin exceso de carga por cada transportista, pero mientras comemos helado, vemos pasar tres camiones copeteados de madera de pino.

—Ahí va Pichátaro —dice Mantequilla, quien se va la mitad del año a los campos de lechuga en Salinas, California, y vuelve para tallar máscaras la temporada de pastorelas, bailes y carnaval, hasta la Semana Santa cuando esculpe máscaras de Judas.

Luego regresamos a seguir trabajando. Los mascareros son respetados entre los carpinteros del pueblo. No sólo venden sus creaciones, buscan como titanes mantener las tradiciones de sus pueblos. Mientras trabajan, hablan de los más jóvenes, de las travesuras; de que en sus tropiezos hacia la vida adulta se han convertido en criaturas de la noche que ahora roban focos que usan como pipas o se rompen el cráneo en sus motocicletas. Luego cambian de conversación. Alguien habla sobre un baile o un camionero que no usa limpiaparabrisas bajo una tormenta porque el camión no los tiene.

Al escucharlos trato de equiparar las frases con los cortes a la madera.


Tallar máscaras, pienso, es como escribir haikus.

Mientras cincela,  
como niño o viejo,  
ríe la memoria.

El maestro Valencia ha sido acreedor de los galardones del estado, pero ha declarado en más de una ocasión que cuando terminan las ceremonias, el artesano se queda entre la incertidumbre económica y la discriminación.

Cuando me despido, unas mujeres llevan un Cristo que viene de Tzintzuntzan al taller. Como todos, pese a ser ateo, les doy unas monedas y me encomiendo para no encontrarme con los peligros de las curvas mal diseñadas por el mal ingenio, o la falta de *daemon* y la presencia de algún retén de patrullas sin insignia. Mientras veo el lago desde el cerro más alto antes de bajar a Erongarícuaro, siento la compañía de un águila o un zopilote que resguarda mi camino en motocicleta cualquiera que sea mi destino.

### El *daemon* y la charanda

Mamá siempre ha dicho que tengo un demonio, como su hermano Andrés que migró a Los Ángeles para convertirse en *coyote* luego de fracasar como lavatrastes. Mi obstinación filosófica, pienso, no proviene del rechazo al catecismo ni de haber entendido el dilema del Sileno ante las lágrimas de una mujer, mi madre, que padecía su realidad. Mi obsesión filosófica viene de esta tierra colorada también llamada charanda. De esa tarde en la que huimos de la Ciudad de México a Uruapan, donde estaban mis tíos, y Andrés, el demonio de la familia, me susurró al oído, a los tres años, la conciencia de la muerte. Mientras amordazo la boca de la máscara de diablo que estoy tallando para afilarle los ojos, pienso que si existe una filosofía p'urhépecha, tal vez exista, como en la filosofía oriental, encriptada en la práctica de sus artesanías y en sus bailes. Mientras observo y aprendo del maestro Manuel Valencia, creo que el lenguaje de su labor artística temple el carácter y que se adquiere con su simple dedicación a resignificar los elementos importados por la fuerza, enraizando nuevos vocablos en la charanda, tierra donde han crecido la caña de azúcar, la marihuana, las amapolas, los aguacates y las *berries*, y donde una verdad profunda espera despertar, como un gólem, sin que sea demasiado tarde. 

**Ángel Rodríguez Soto** (Distrito Federal, 1983). Es escritor de graffiti, ficción y no ficción. Estudia Lengua y Cultura en la Universidad Intercultural Indígena de Michoacán para complementar su formación filosófica (UNAM). Ha publicado en la revista *Generación* y en las antologías *La Cresta de la Ola* y *Estación Central* (Ficticia). Coordina el festival de teatro *Vagamundos: La Fiesta del Teatro* en Pátzcuaro.

# Crónica de una navidad en aguas negras

**Félix Villalobos**

I

La lluvia llegó con la precisión de un verdugo. No fue la tormenta furiosa de otras noches ni el vendaval que arranca techos y abre grietas en la tierra, sino una insistencia lenta, una llovizna que se volvía lodazal en los patios y en las calles maltrechas de Los Tamarindos. Al principio, los vecinos creyeron que sería una más de tantas, otro temporal pasajero que recogería las banquetas y haría brotar los hongos en las paredes, pero cuando el agua comenzó a regresar por donde no debía, cuando la podredumbre emergió desde las entrañas mismas de sus casas, entonces comprendieron que no era un aguacero común, sino una invasión.

Fotografías cortesía de Luis Villalobos

Primero fueron los charcos que se oscurecían de a poco, como si la lluvia hubiera desteñido el suelo. Luego, las alcantarillas, que comenzaron a bramar con un sonido hueco, el eco de un monstruo que despertaba bajo tierra. Y finalmente, las primeras hebras de agua marrón, filtrándose con descaro por los registros internos de las casas. En la calle Manzanares, donde el fraccionamiento Los Tamarindos se volvía una trampa para el agua estancada, el hedor fue la confirmación de lo inevitable: el drenaje estaba tapado. Don González, presidente del comité, recibió los primeros gritos de auxilio antes del amanecer. Al otro lado del teléfono, una vecina, con la desesperación mal contenida, le describió la escena con precisión quirúrgica: “Nos estamos ahogando en mierda”. No era una metáfora. Para la tarde del primer día, el agua subió hasta los tobillos en algunas casas. Un niño encontró flotando su dinosaurio de plástico en la sala. Una mujer descubrió su cocina convertida en ciénaga, los trastos navegando a la deriva. Y a pesar de todo, la lluvia seguía cayendo.

Los primeros intentos de solución fueron torpes y desesperados. Algunos sacaron cubetas y palas, creyendo que podrían domesticar la

corriente; otros improvisaron barricadas de toallas y muebles, creyendo en la absurda resistencia de la tela y la madera contra la peste líquida; pero el agua seguía entrando, con la paciencia de un mal presagio. Para la noche del segundo día, cuando la inacción de la dependencia municipal se volvió una certeza, los vecinos dejaron de esperar. En un acto de desesperación compartida, seis hombres salieron bajo la lluvia y se apostaron frente a los registros de la calle. Armados con varillas y azadones, removieron la tierra endurecida y, tras varios minutos de forcejeo, levantaron la tapa del primero. Lo que emergió de aquel agujero fue un vómito de inmundicia: ropa, juguetes rotos, basura apelmazada con el fango de los años; entre los escombros, una chancla vieja flotó hasta la orilla, como el vestigio de una vida olvidada. Esa noche, con los zapatos



aún manchados y el olor pegado a la piel, seis vecinos se reunieron para decidir qué harían con lo que quedaba de su Navidad.

## II

El aire en la sala era denso. No sólo por el olor que traían impregnado en la ropa, sino por la rabia contenida, la frustración de saberse abandonados. Eran seis, sentados en torno a una mesa que alguna vez había sido blanca, ahora salpicada de lodo y cansancio. Habla-

ban por turnos, no porque quisieran respetarse, sino porque el agotamiento los había vuelto pausados. Nadie tenía fuerzas para alzar la voz.

—Esto no puede seguir así —dijo uno, con la mirada hundida en la mesa.

—¿Y qué propones? —preguntó otro, con la camisa aún empapada.

Nadie respondió. En el centro de la mesa, una vela parpadeaba en su última resistencia contra la oscuridad. Afuera, la lluvia seguía golpeando los techos como un reloj que marcaba la cuenta regresiva de su paciencia. Entonces hablaron de González, no porque confiaran en él, sino porque lo necesitaban. Él era el presidente del comité, el que manejaba los números, el que sabía a quién llamar, con quién negociar, pero también era el que había propuesto una solución que olía peor que la calle Manzanares.

—Quiere que su cuñado se encargue —dijo una mujer, con el desprecio masticado entre los dientes.

—Nos quiere ver la cara —escupió otro, y el murmullo aprobatorio recorrió la sala.

Porque así era la política en Tehuantepec, en Los Tamarindos, en cada rincón donde la

miseria se volvía negocio. No era casualidad que la tubería colapsara ni que el drenaje tapado llevara una década enterrado en el olvido. Había historia en ese lodo, cicatrices en la tierra que se remontaban a viejas disputas entre Santa Elena y Santa Cruz. Hace años, alguien había sellado un registro, bloqueando el cauce natural del agua, desviándola, obligándola a buscar otro camino. Y ahora ese camino era su sala, su baño, su cocina. Pero ellos no estaban dispuestos a ser la presa de esa historia. No esa noche.

—Vamos con la presidenta municipal —dijo uno de ellos, y la propuesta cayó sobre la mesa con el peso de una última esperanza.

Sabían que no sería fácil. Sabían que González se interpondría, que movería sus hilos para convencerlos de que su solución era la mejor, pero lo que él no entendía era que ellos ya habían dejado de escuchar, habían sacado la basura con sus propias manos, habían sentido el agua negra lamerles los tobillos, habían visto la Navidad pudrirse en el lodazal. No querían promesas. Querían acción. Afuera, la lluvia comenzó a amainar. Pero nadie en la sala se atrevió a tomarlo como una señal.



## III

La presidenta los recibió a regañadientes, más porque no le quedaba remedio que por genuino interés. Los seis vecinos llegaron sin cita, sin protocolo, sin más formalidad que la peste en sus ropas y la indignación en sus ojos. Se habían sentado en aquella oficina fría, iluminada por luces de neón, con el barro pegado en los zapatos, el mismo barro que, horas antes, habían quitado de los registros con sus propias manos.

—Nos están ahogando —dijo el primero que tomó la palabra.

La presidenta, sentada detrás de su escritorio, juntó las manos y suspiró.

—Sabemos del problema —respondió—. Estamos buscando una solución.

Fue González quien habló entonces, con su tono de voz resbaladizo, con ese aire de autoridad que aún creía tener sobre ellos.

—La mejor opción es contratar al sector privado. Podemos agilizar el proceso, asegurar que todo se haga rápido y bien.

“Privado”, pensaron los vecinos, y la palabra sonó en sus cabezas como un eco hueco. Ya conocían el truco. En Tehuantepec, lo privado significaba opacidad, cuentas infladas, dinero que se esfumaba antes de tocar el suelo. Y en este caso, lo privado también significaba su cuñado.

—No confiamos en usted —dijo alguien, sin miedo ni rodeos.

González sonrió, pero no de alegría. Era la sonrisa de quien está acostumbrado a que le lleven la contraria, pero no a que lo enfrenten con tanta crudeza.

—No se trata de confianza —respondió—. Se trata de resolver el problema.

—Y lo queremos resolver con la municipalidad —interrumpió otro vecino—. Hay recursos, hay maquinaria, hay manos. No necesitamos a su cuñado.

La presidenta los observó en silencio. No esperaba resistencia, no de esa manera, no de vecinos que hasta ayer parecían resignados a vivir en la mugre. Y sin embargo, ahí estaban, desafiándola con sus miradas firmes, con la determinación de quienes han llegado al límite de su paciencia.

—Voy a revisar la situación —dijo ella, después de un largo silencio—. Pero esto lleva tiempo.

—Nosotros no tenemos tiempo.

La frase cayó sobre la oficina como un martillazo. González se removió en su asiento. La presidenta frunció el ceño. Pero los vecinos no parpadearon. No venían a negociar, venían a exigir. Afuera, la ciudad seguía latiendo bajo la llovizna persistente. Pero algo había cambiado. En la calle Manzanares, entre el lodo y los charcos de aguas negras, un

grupo de vecinos se había atrevido a romper el ciclo de la indiferencia. Y aunque el aire seguía oliendo a podredumbre, aunque el agua estancada aún susurraba historias de abandono, por primera vez en mucho tiempo, la lucha ya no era contra la corriente. Era contra quienes la habían permitido.

## IV

A la mañana siguiente, cuando la lluvia cesó y el sol comenzó a secar los charcos, las aguas negras seguían allí, espesándose en la calle Manzanares, como un pantano urbano donde flotaban los desechos de una década de negligencia. La calma era una farsa. Los vecinos no habían dormido bien. Las casas seguían oliendo a pudrimiento, y la incertidumbre pesaba tanto como la humedad que se filtraba en las paredes. González no tardó en aparecer. Llegó con su camisa limpia y su tono condescendiente, con la sonrisa de quien cree que la tormenta ha pasado.

—Tranquilos —dijo, como si hablara con niños inquietos—. Ya hablé con la presidenta. Estamos viendo lo del presupuesto, lo mejor es que lo haga una empresa especializada.

Nadie le respondió. La noche anterior, los seis vecinos se habían marchado de la oficina municipal con la sensación de haber removido algo más que registros tapados. Sabían que González maniobraría para salirse con la suya, pero esta vez no se lo permitirían.

—Queremos ver las máquinas aquí hoy —dijo alguien, con la firmeza de quien ya no tiene miedo.

—Eso no depende de mí. Hay procedimientos —dijo González, arqueando una ceja.

—Llevamos diez años en procedimientos.

Un murmullo de aprobación recorrió la cuadra. Más vecinos se habían unido a la conversación, saliendo de sus casas, acercándose con el cansancio en los ojos y el enojo a flor de piel. Algunos aún tenían el lodo seco en los tobillos, otros habían comenzado a limpiar la calle con cubetas y escobas, una labor inútil mientras el drenaje siguiera colapsado.

Entonces alguien trajo el costal. Lo habían llenado la noche anterior con los restos que sacaron del registro: ropa podrida, chanclas, juguetes rotos, trapos apelmazados con fango y olvido. Lo dejaron caer frente a González con un golpe sordo.

—Esto es lo que nos dejaron diez años de espera.

Él miró el contenido con una mueca de asco. Dio un paso atrás, como si la inmundicia pudiera saltarle encima.

—Yo sólo quiero ayudar —dijo, pero su voz sonó vacía.



—Si quieres ayudar, consigue a la gente del municipio. Que traigan la retroexcavadora. Que destapen los registros que faltan. Que hagan su trabajo.

La tensión se mascaba en el aire. Los vecinos no se movían. El sol subía lentamente, evaporando el agua estancada, pero no la pestilencia ni la rabia contenida. Por primera vez, González pareció dudar. Miró a su alrededor y entendió lo que todos ya sabían: esta vez no podrían callarlos, no podrían sobornarlos con promesas. O solucionaban el problema, o lo harían ellos con sus propias manos.

—Voy a ver qué se puede hacer —dijo finalmente.

Pero los vecinos ya no estaban esperando su permiso.

## V

El rumor de la maquinaria llegó antes que la máquina misma. Era un murmullo eléctrico que viajó por las calles del fraccionamiento, despertando a los vecinos con la misma incredulidad con la que un pueblo olvidado escucha por primera vez el rugido de un tren. Nadie creyó que fuera cierto hasta que la vieron doblar la esquina: la retroexcavadora municipal, un monstruo amarillo y oxidado que avanzaba con la pesadez de una promesa cumplida demasiado tarde. En la calle Manzanares, la gente se arremolinó alrededor de la máquina como si fuera un espectáculo. No había aplausos ni celebraciones, sólo brazos cruzados y miradas afiladas. Sabían que esto no era un favor ni un gesto de buena voluntad. Era el resultado de dos noches de insomnio, de registros destapados con las manos, de gritos en una oficina municipal, de un costal de basura que sirvió como testimonio de una década de negligencia. El operador

descendió del vehículo y se ajustó la gorra. Miró a los vecinos y luego al suelo, al agua estancada que reflejaba un cielo gris. González llegó unos minutos después, sin la altanería con la que había aparecido la mañana anterior. Caminaba con los hombros tensos, con la expresión de quien ha perdido el control de la situación.

—Vamos a empezar aquí —dijo el operador, señalando el punto donde se había destapado el primer registro—. Pero si el problema es el otro, el que está sellado... eso va a tomar más tiempo.

Un silencio espeso se apoderó del ambiente. Todos sabían lo que significaba. El otro registro, el que había sido tapado hacía diez años por pleitos entre fraccionamientos, el que nadie quería reconocer



como parte del problema porque significaba aceptar que lo habían ignorado a propósito.

—Ábranlo —dijo alguien.

El operador miró a González.

—Eso ya es decisión del comité —dijo, con voz neutra, como si quisiera deslindarse de lo que estaba por pasar.

Pero la decisión ya estaba tomada. Un vecino se adelantó con una barra metálica en la mano. No esperó permiso, no pidió instrucciones. Se acercó al concreto endurecido por una década de indiferencia y golpeó. El sonido resonó en la calle como un cañonazo. Otro vecino se

unió. Luego otro. La maquinaria municipal aún no se movía cuando ya el pueblo estaba resolviendo lo que el gobierno no quiso resolver en diez años. El concreto cedió con un crujido seco. La primera grieta se abrió como un relámpago sobre la piedra. La segunda, como una herida que supuraba lodo. Y después de tres golpes más, el drenaje sellado se rompió y el agua, retenida por tanto tiempo, corrió como una bestia liberada. El hedor fue insoportable. Al principio, todos dieron un paso atrás, cubriéndose la nariz con las mangas, con las manos, con lo que tuvieran. Pero nadie se fue. Nadie apartó la vista. Vieron cómo el agua negra se deslizaba hacia donde siempre debió ir, cómo la calle se vaciaba de su peste, cómo el nivel del lodazal bajaba centímetro a centímetro hasta dejar al descubierto la miseria que había quedado oculta bajo la superficie. González no dijo nada, la presidenta municipal nunca apareció. Pero los vecinos supieron que habían ganado, no por la retroexcavadora, ni por la maquinaria tardía, ni por la intervención burocrática que sólo llegó cuando no les quedó más opción. Ganaron porque no esperaron, porque tomaron la barra, rompieron el concreto, destaparon la herida y dejaron que el agua siguiera su curso.

La navidad llegó con calles aún húmedas, con rastros de lodo pegados en las paredes, con el olor persistente de la podredumbre resistiéndose a desaparecer del todo. Pero cuando los niños salieron a jugar en la calle y sus juguetes ya no flotaban en charcos de aguas negras, cuando la gente pudo abrir las ventanas sin miedo a que el hedor invadiera sus casas, cuando la normalidad volvió sin necesidad de esperar otros diez años, entonces supieron que aquella navidad, aunque amarga, había sido una victoria.

Porque a veces la única forma de limpiar un pueblo es ensuciándose las manos de mierda. 🐾

**Félix Villalobos** (Santo Domingo Tehuantepec, 2003). Es egresado de Comunicación de la Universidad Mesoamericana. Obtuvo mención honorífica en el Premio Internacional Caminos de la Libertad. Ha publicado en la Editorial Letras Negras México y en Ahora Oaxaca Noticias. @felix\_villalobosv.

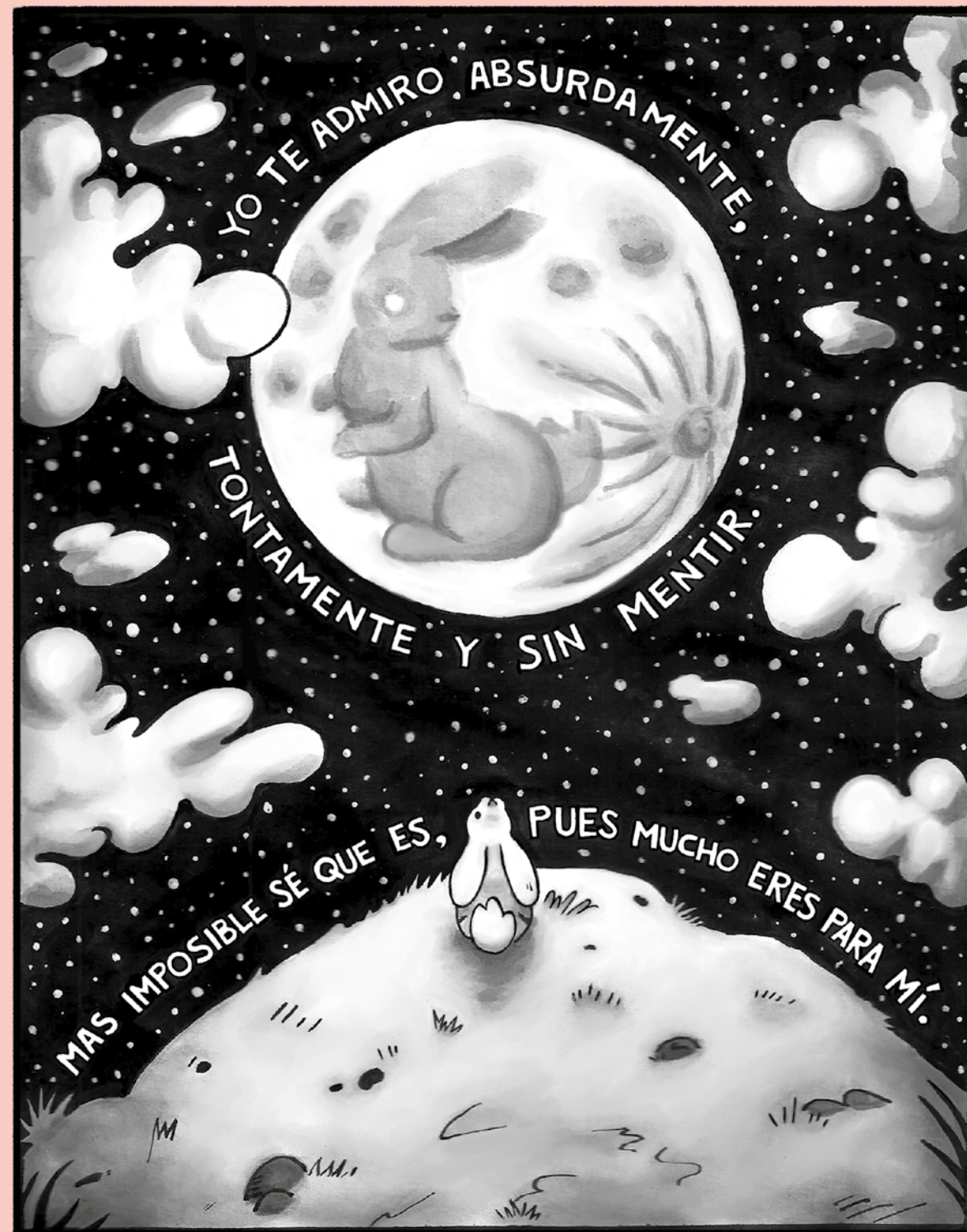
# Luna de octubre

Fátima Sánchez Orantes



**Fátima Sánchez Orantes (Momo)** (Puebla, 2002). Artista digital, se especializa en la creación de escenarios y props. Está por egresar de la Licenciatura en Arte Digital en la Facultad de Artes Plásticas y Audiovisuales, BUAP. Ha colaborado en proyectos audiovisuales, concept art y diseño de mercancía. @momoworks\_art



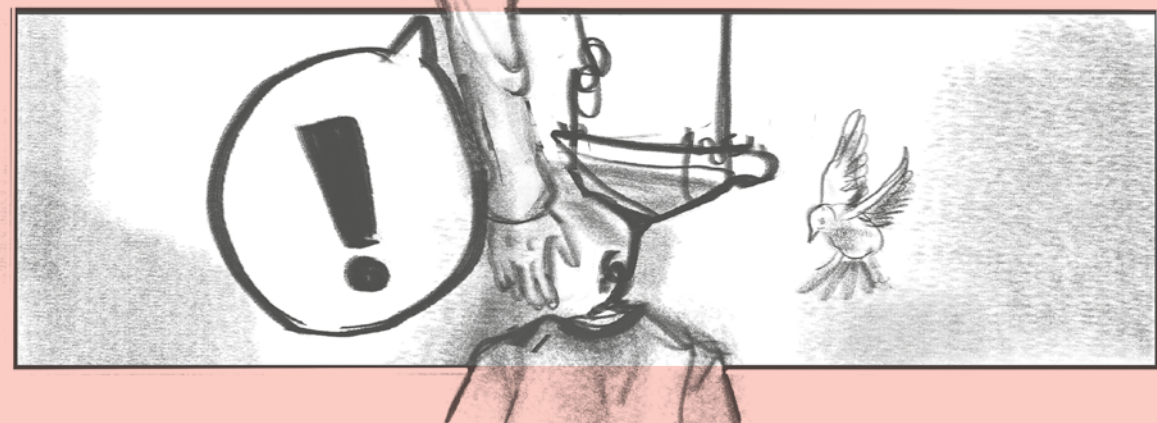
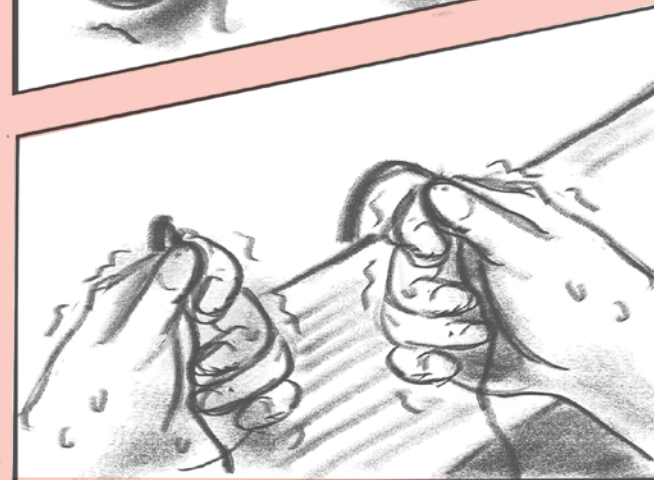
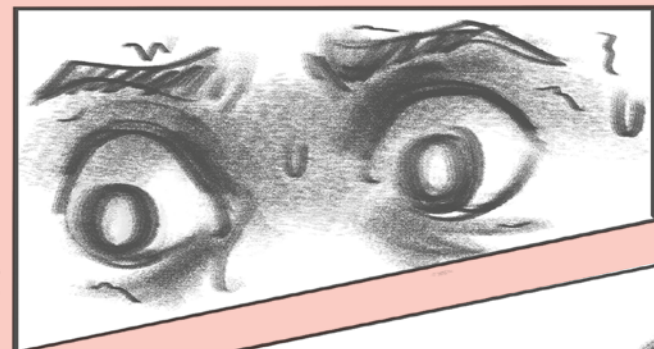
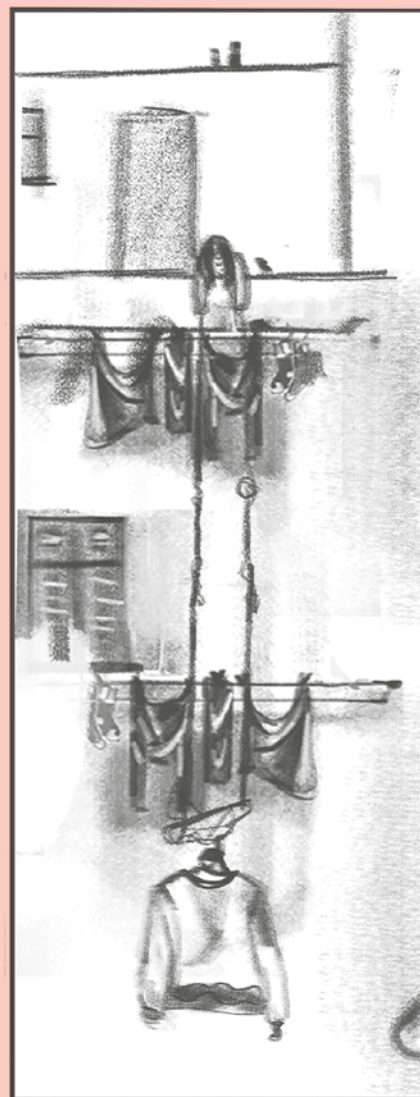
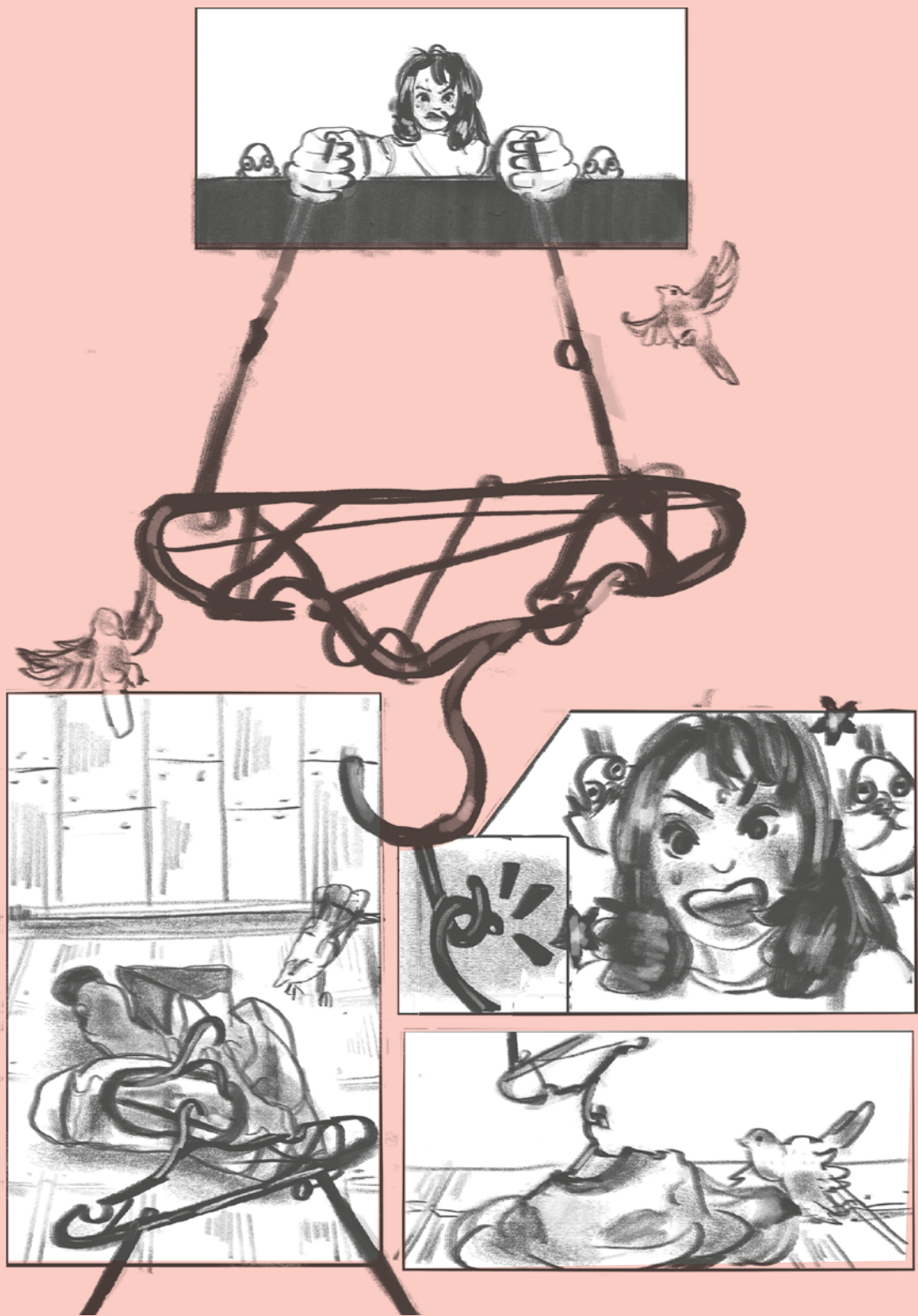


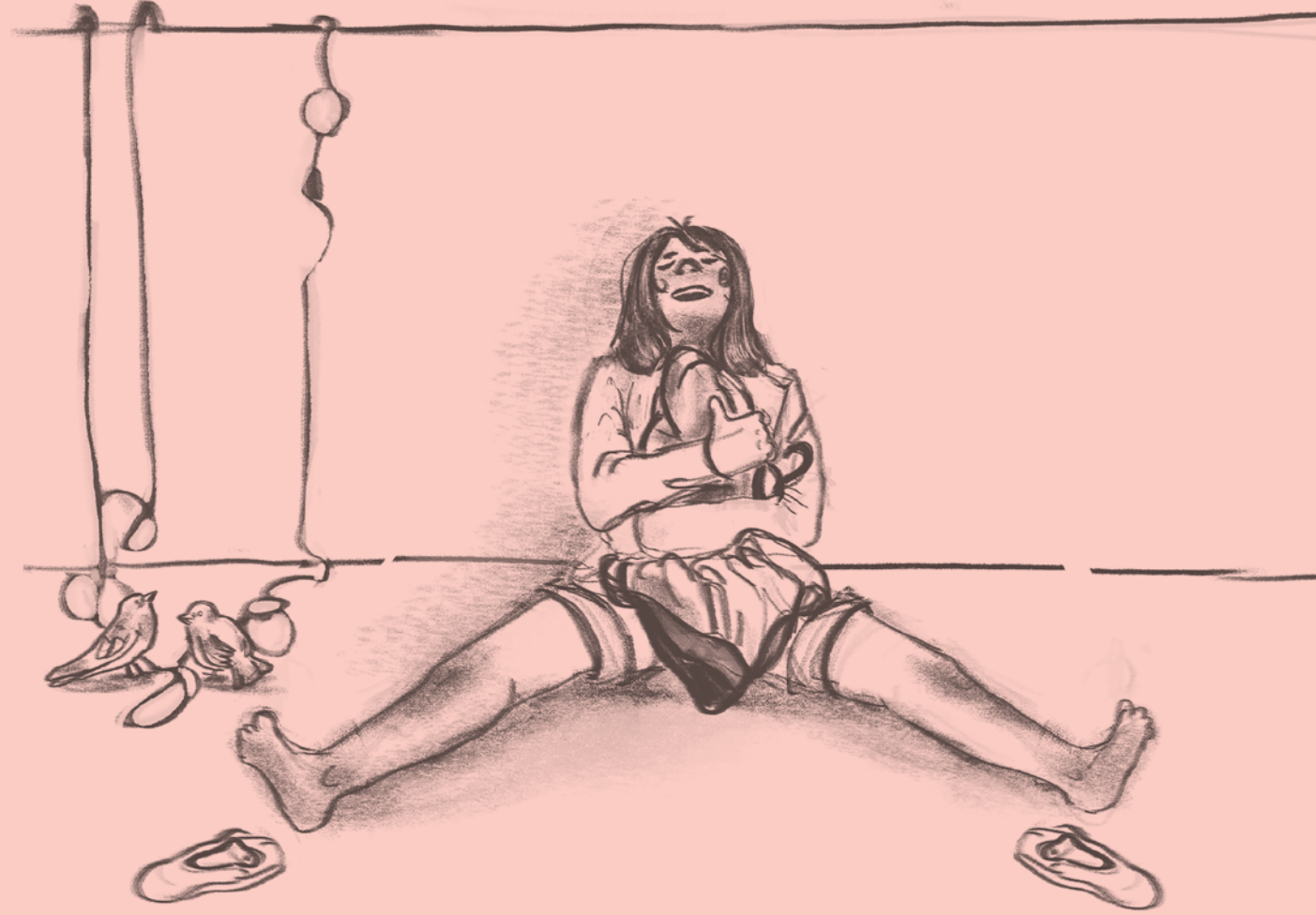
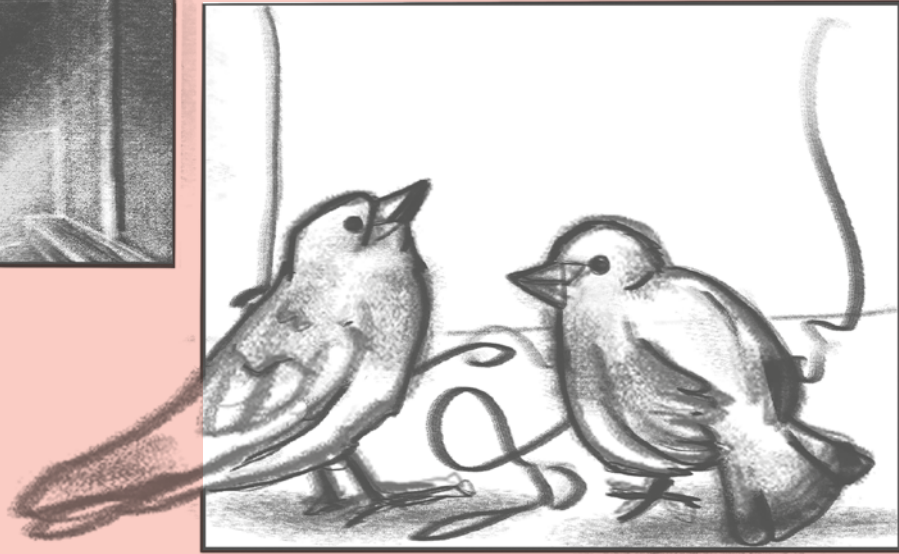
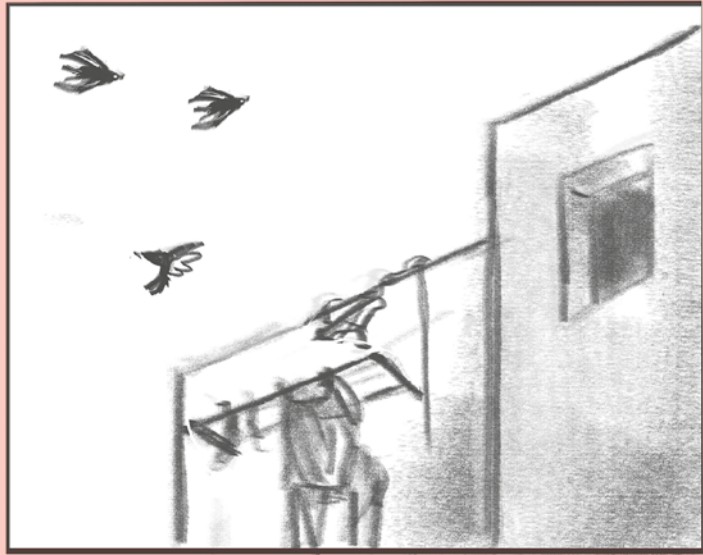
# Pesca

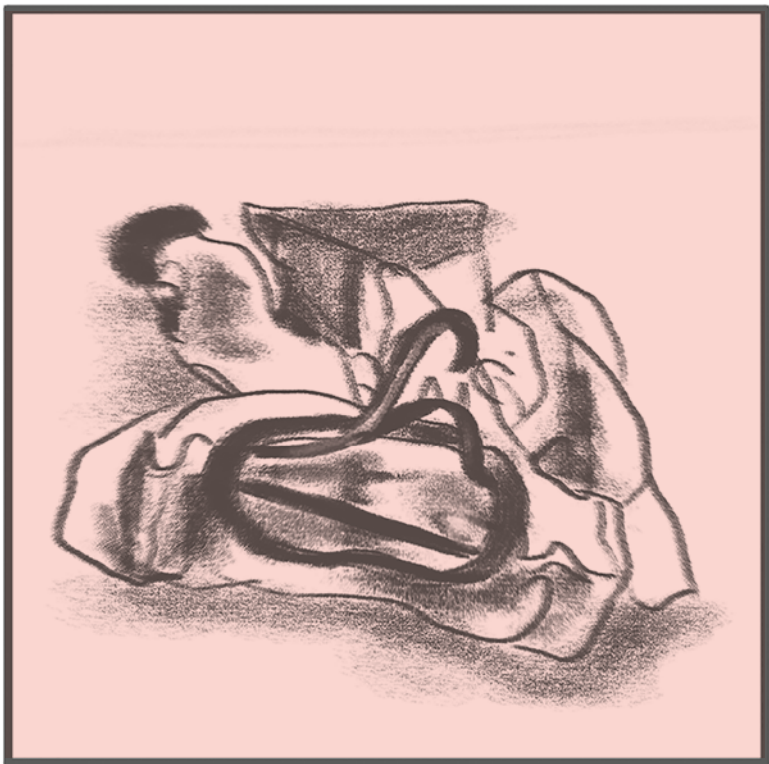
Jazmín Alejandra Sánchez García



JazAlea SG (Ciudad de México, 2003). Estudiante de Diseño y Comunicación Visual en la FAD, UNAM. Cursó un semestre de intercambio en Stockholm University en otoño de 2024. Cuenta con dos títulos técnicos, uno en fotografía y otro en museografía y restauración. @ arbolitodepapaya.art







*Esta situación pasó de verdad.*

*Me gustaría decir que, como aquí, todo quedó en una curiosa anécdota, pero la diferencia entre lo que dibujé y lo que ocurrió en la realidad radica en el final.*

*A pesar de que intenté recuperar lo que había perdido, me di cuenta de que hay cosas que no podía controlar, y que no estaba mal dejarlas ir.*

*Por eso, en este mundo que creé, y dado que últimamente he tenido que dejar ir muchas cosas que amo, decidí darle un final en el que no tuve que aprender esa lección.*

*Puede que sólo sea un escape de mi alma para no sufrir tanto: pensar que hay un mundo donde no tuve que aprender a decir adiós ni a perder nada significativo para mí.*

*¿Por qué tendría que dejar ir algo que me importa tanto?*

*Pero esa no es mi realidad.*

*Como dije, es sólo una posibilidad en un mundo imaginario que yo misma creé...*

## CRÓNICA

### Primer premio

*El demonio y la charanda*

Ángel Rodríguez Soto

Universidad Intercultural Indígena de Michoacán

### Segundo premio

*Crónica de una navidad en aguas negras*

Félix Villanueva Villalobos

Universidad Mesoamericana-Oaxaca

### Menciones

*Unidad La Santa Fe: diáspora de la tierra primigenia*

Alexis Aparicio Díaz

UAM-Iztapalapa

*Cincuenta hombres imaginando una pelota de fútbol*

Liliana Magdaleno Horta

Universidad de Guanajuato

*Mapa de ausencias*

Camila Ferreiro Basurto

Universidad Veracruzana

**Jurado:** Diana del Ángel, Diego Olavarría, Zedryk

Raziel

## CUENTO

### Primer premio

*Elio*

Leonardo Miguel Gutiérrez Arellano

Centro de Investigación y Asistencia en Tecnología y

Diseño del Estado de Jalisco

### Segundo premio

*Llamada entrante*

Izel Shamani Flores Padierna

UACM-Del Valle

### Menciones

*La habitación que nos contiene*

Neftali S. Almanza

Universidad de Guanajuato

*Al estilo de Donita Sparks*

Ernesto Fidel Blanco González

UACM-Del Valle

*La sirena feliz*

Frida Cárdenas Acosta

Universidad de Guadalajara

*Donde no se escuchan los balazos*

Ailani Dai Martínez Díaz

Universidad de Monterrey

*La plaga inmóvil*

Emilio Rodolfo Contreras Aldana

El Colegio de San Luis

**Jurado:** Ave Barrera, Elma Correa, Joel Flores

## ENSAYO

### Primer premio

*Caballo, candela, ceniza*  
Xóchitl Tavera Cervantes  
El Colegio de México

### Segundo premio

*Anatomía de una cama*  
Casandra Robles Gómez  
Universidad Veracruzana

**Jurado:** Eduardo Huchín, Tanya Huntington,  
Isabel Zapata

## FOTOGRAFÍA

### Primer premio

*Nafragios del mar de Cortés*  
Jerónimo Palomares Galván  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

### Segundo premio

*Toda familia es el inicio de un viaje*  
Sebastián Barriga González  
Centro de Capacitación Cinematográfica

### Menciones

*He visto a dioses en los cuerpos del mundo  
diciendo adiós*  
Luis Adrián Sotelo Domínguez  
ENPEG "La Esmeralda"

Foto 6 de la serie *Transformismo wixárica*  
Sergio Delgadillo Galindo  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Foto 2 de la serie *El Durazno*  
Ernesto Saúl Gutiérrez López  
Instituto de Fisiología Celular-UNAM

**Jurado:** Alejandra Aragón, Rogelio Cuéllar,  
Yvonne Venegas

## GRÁFICA

### Primer premio

*Cursiva*  
Verónica Valdés Mejía  
ENPEG "La Esmeralda"

### Segundo premio

*Adultos chiquitos*  
Oscar Rodrigo Ramírez González  
Facultad de Artes Plásticas y Audiovisuales-BUAP

### Menciones

*¿Una viñeta se puede preguntar sobre su  
mismidad?*  
Roberto Carlos Carrillo Márquez  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Cielo perenne*  
Luis Adrián Sotelo Domínguez  
ENPEG "La Esmeralda"

Imágenes 3, 4 y 6 de la serie *Lo soñé*  
Luisa Fernanda Huicochea Fernández  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

**Jurado:** Ioulia Akhmadeeva, Eduardo Barrera,  
Emilio Said

## MINIFICIÓN

### Primer premio

*Manual de existencia*  
Elieser Botello Gómez  
Universidad Veracruzana

### Segundo premio

*Sobre la necesidad de la quietud*  
Edgar Alexis Ortega Méndez  
Universidad Autónoma de Morelos

### Menciones

*Vampiro*  
Sophia Alejandra Bolom Domínguez  
Universidad Autónoma de Yucatán

*Minificciones de paso*  
Éder Élber Fabián Pérez  
UAM-Iztapalapa

**Jurado:** Eduardo Cerdán, Ana Clavel, Cristina Rascón

## NARRATIVA GRÁFICA

### Primer premio

*Luna de octubre*  
Fátima Sánchez Orantes  
Escuela de Artes Plásticas y Audiovisuales-BUAP

### Segundo premio

*Pesca*  
Jazmín Alejandra Sánchez García  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

### Menciones

*El lápiz de Damocles*  
Itzel Ruíz Pay  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

*Webdigs*  
Alberto Casas Monreal  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

**Jurado:** Amanda Mijangos, Santiago Moyao

## POESÍA

### Primer premio

*Cuando llegaron las  
simetrías*  
Emmanuel Amayo Rivas  
Bachillerato 5 de mayo-BUAP

### Segundo premio

*Neurópolis*  
Darío González Rodríguez  
UAM-Iztapalapa

### Menciones

*Casi todo es radiante*  
Diego Montoya Coquis  
Universidad Iberoamericana-CDMX

*Sobre-escrituras y Línea(s)*  
Juan García Hernández  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

**Jurado:** Diana Garza Islas, Ernesto Lumbreras, Balam  
Rodrigo

